



Academia de amor

Comedia en tres actos. El tercero dividido en tres cuadros

Víctor Ruiz Iriarte

Manuel Díez Crespo, en su reseña publicada en *Arriba*, indica que *Academia de amor* «es como un bello juego escénico que entretiene y divierte, una comedieta moderna lograda con sutiles trazos de amables caricias, en los que el llanto no llega a asomar porque el amor siempre llega a punto y la burla no alcanza su descarnada impiedad, porque la sabia mano que dirige desde el centro de la obra destaca la aurora en el alma en trance de angustia» (8 octubre 1946). El citado crítico era un lírico poseído por la cursilería de la época, pero acierta al clasificar la obra de Víctor Ruiz Iriarte como «un bello juego escénico que entretiene y divierte», aunque sólo fuera a las distinguidas señoras a las que va dirigida.

El autor habla de mujeres en general, pero su público era más concreto. A tenor de textos como el aquí editado, estaba compuesto preferentemente por las esposas que acudían al teatro arrastrando a veces a sus maridos. Formaban o aspiraban a formar parte de ese mundo refinado de las damas que recibían en casa, disponían de varias personas a su servicio y celebraban ágapes de acuerdo con lo visto en los escenarios. Un círculo social bien

vestido, elegante gracias al «buen gusto» y sin problemas prosaicos relacionados con la cotidianidad. Del trabajo, la salud y el dinero nunca se habla en estas comedias. Sus protagonistas tienen así tiempo para preocuparse por cuestiones como la felicidad y el amor en términos absolutos y al margen del trasiego de la realidad. También sin angustia, pues las resuelven con frases cuyo «fino humor» sugiere más que afirma.

Ese ambiente de señores y damas con doncella fue hegemónico en el teatro español de la posguerra, donde la aparición del elemento popular era asociado a menudo con los riesgos de la chabacanería. Convenía evitarlo hasta en el sainete, al igual que el tratamiento de cualquier cuestión relacionada con la realidad más concreta e inmediata. Una alternativa era imaginar una academia de amor comandada por madame Fleriot. El enigmático y singular personaje parece concebido para el lucimiento de una primera actriz como Irene López Heredia. Luciría en las representaciones un vestuario a tono con su rango, tendría momentos para exhibir su variedad de registros dramáticos y, sobre todo, podría hilvanar frases ocurrentes. Las «colocaría» en los diálogos con otras damas y caballeros para disfrute, evidenciado mediante una media sonrisa, de las espectadoras, también preocupadas ante la posibilidad de que sus maridos, menos sensibles por su irrenunciable varonía, echaran una cabezadita en el patio de butacas.

El enamorado Luciano afirma que «nunca conoce uno a las mujeres» (I), pero Ruiz Iriarte maneja con soltura los tópicos habituales acerca del «eterno femenino» porque sus personajes son como Adela: «distinguida y recatada». La caracteriza con «Un vago mohín de tristeza que, como es frecuente en mujeres muy femeninas, se transforma en graciosa altanería. Rica elegancia, pero su lujo es de buen gusto». Éste y otros modelos similares apenas deparan dudas al comediógrafo. Ruiz Iriarte buscaría el consenso sonriente de los espectadores cuando, a través de Cristina, afirma que «la vida de un mujer es una perpetua oposición hasta que se casa, que es la plaza definitiva. Claro que algunas, después de casadas, pedirían el traslado de muy buena gana» (I). Lo solicitarían sin esperanza de ser atendidas, pues ni siquiera se asoma la posibilidad de una ruptura del sagrado vínculo del matrimonio. A lo sumo,

aparecen problemillas de infidelidades porque, como afirma Adela, «los hombres necesitan algo más que una buena mujer» (III). Y para solucionarlos está una madame Fleriot, «doctora en amor», dispuesta a reconocer el problema: «Yo sé que entre un hombre y una mujer lo más espantoso que puede suceder es que no suceda nada» (I). La desdicha se asoma entonces. Ella la evitará gracias a las enseñanzas impartidas en su academia, adonde acuden solteras y casadas en busca de la pareja estable. La doctora, que sabe mucho de la vida, les enseñará los trucos que cualquier esposa de la alta sociedad debe manejar para que «la plaza definitiva» consolide sus derechos.

Madame Fleriot corría el riesgo de la frivolidad con tan singular academia, pero también debía tener un pasado que la hiciera atractiva para los espectadores, sin asomar siquiera la posibilidad de lo celestinesco. La doble personalidad se impone por decoro e interés dramático. Acabamos sabiendo que la supuesta francesa es una máscara. En realidad, se llama Paulina Rosas, un «bello nombre para una mujer de aventura» (II). Como tal había abandonado su familia para vivir durante dieciocho años en París. Hay quien afirma que la suya en la capital de la perdición fue «una vida de aventura y triunfo». La rentabiliza para su doctorado en amor basado en la experiencia del convivir hasta con artistas y bohemios, pero la oculta porque teme que en Madrid no sea bien recibida. Su regreso es una forma de expiación del pecado que supone este pasado. Paulina Rosas dejó atrás a una niña convertida ahora en una joven enamorada, a la que debe guiar sin darse a conocer y, sobre todo, debe evitar que sea engañada por un hombre que no le conviene. Madame Fleriot se comporta así como una madre responsable. Sabe que nunca volverá a recuperar su identidad. Ni siquiera se lo plantea, pero le consuela haber cumplido con su deber evitando la desgracia de su hija. Los espectadores y, sobre todo, las espectadoras estarían dispuestos a perdonarla porque, aunque se fuera a París, es una buena mujer, además de sabia en lo relacionado con las necesidades de los hombres.

La lectura de *Academia de amor* permite comprender la naturaleza del papel otorgado a las mujeres que pertenecían a los grupos privilegiados, aquellos que habían triunfado en 1939 de forma abrumadora. La proliferación de tópicos

al respecto nos suena convencional o ya conocida, pero no conviene minusvalorar el componente ideológico de una comedia concebida como un amable entretenimiento. El matrimonio como destino y la fidelidad como imposición son dos de las circunstancias que nunca se pueden cuestionar. Si acaso, se juega con una parcial y efímera trasgresión de las normas a sabiendas de que, al final, todo quedará debidamente recompuesto. Vista desde hoy, esta comedia presenta una curiosa mezcla de, por un lado, estilo moderno -entonces- y mercadotecnia en la empresa de Madame y en su parlamento final dirigido al público; y, por otro, antigüedad en el reparto de papeles sociales entre el hombre y la mujer. Aunque habría que ver si, entre los exiliados de extracción burguesa, el machismo y los estereotipos sobre lo masculino y lo femenino eran tan distintos. *La cabeza de la Medusa* de Pedro Salinas presenta paralelismos con *Academia de amor*; y en general el teatro de Salinas, escrito fuera de España, puede relacionarse fácilmente con la comedia amable e imaginativa que Ruiz Iriarte intentaba establecer en España.

Ruiz Iriarte es consciente del marco y, con independencia de su mayor o menor identificación con la mentalidad predominante en él, lo recrea al igual que tantos autores contemporáneos. Sin añadir ni quitar, pero con el oficio que evidencia a pesar de las críticas recibidas en la prensa por la debilidad de su construcción dramática. Destaca en este sentido la publicada por Jorge de la Cueva en *Ya* (8 octubre 1946); pero también Emiliano Aguado en *Pueblo* le echa en cara la frivolidad cuando «el mundo se estremece de espanto y de incertidumbre y los pueblos sufren hambre y sed de justicia y esperanza en el futuro» (8 octubre 1946). Ruiz Iriarte se quedaría un tanto anonadado por ese requerimiento de imposible plasmación sobre un escenario español de la época, pero terminaría de comprender su escaso acierto cuando Alfredo Marqueríe, tan entusiasta con sus anteriores obras, mostrara una tibieza sólo aligerada con cuatro tópicos: originalidad, buen gusto, frases ingeniosas, palabras justas, fino sentir, buen decir... (*ABC*, 8 octubre 1946). Es verdad que en el todavía joven Víctor Ruiz Iriarte había «caudal sobrado de promesas y esperanzas», pero debía fructificar en direcciones más sustanciales que las evidenciadas en *Academia de amor*. Consciente de las limitaciones del texto y

a pesar del premio concedido por la Real Academia Española poco después del estreno, el autor acabaría distanciándose de él por su ingenuidad y optando por un giro en su teatro que resultaría fructífero.

Asistamos, pues, a aquellas clases sobre el amor impartidas por madame Fleriot como muestra de un convencional y artificioso mundo que, con independencia de la calidad de su plasmación teatral, se impuso en los escenarios de la posguerra para solaz de los matrimonios que asistían los sábados por la noche. Imaginando la composición de aquel patio de butacas y conociendo las exigencias de primeras actrices como Irene López Heredia, *Academia de amor* era una obra justa y necesaria para quien aspiraba a situarse en la profesión.

Juan Antonio Ríos Carratalá

Universidad de Alicante

A Irene López Heredia¹

PERSONAJES	En el Gran Kursaal:
MADAME FLERIOT.	IRENE LÓPEZ HEREDIA.
ADELA.	ASUNCIÓN MONTIJANO.
DIANA.	MARÍA LUISA TEJEDOR.
CRISTINA.	CARMEN BLÁZQUEZ.
GUILLERMINA.	MONTSERRAT CASAS.
MARCELA.	ISABEL SANDOVAL.
ISABEL.	LUISA DÍAZ.
CECILIA.	MARÍA CUADRENY.
LUCIANO.	VICENTE SOLER.
FERNANDO.	FRANCISCO ALONSO.
TOMÁS.	MANUEL D. VELASCO.

PERSONAJES	En el Calderón:
MADAME FLERIOT.	IRENE LÓPEZ HEREDIA.
ADELA.	ASUNCIÓN MONTIJANO.
DIANA.	MARÍA LUISA TEJEDOR.
CRISTINA.	CARMEN BLÁZQUEZ.

GUILLERMINA.	LUISA DÍAZ.
MARCELA.	ISABEL SANDOVAL.
ISABEL.	MERCEDES YARZA.
CECILIA.	MARÍA MONTILLA.
LUCIANO.	LUIS S. TORRECILLA.
FERNANDO.	FRANCISCO ALONSO.
TOMÁS.	MANUEL D. VELASCO.

Esta comedia fue estrenada por primera vez en España en el teatro Gran Kursaal, de San Sebastián, el día 17 de julio de 1946, y en Madrid el 7 de octubre del mismo año en el teatro Calderón².

△▽

Acto I

La escena es una amplia estancia, elegante y graciosa, con un alegre encanto femenino en el clima y hasta en el olor. Al fondo, un alto balcón a la calle velado por suavísimas colgaduras blancas que transparentan luz de primavera. En el fondo, también a un lado, hay un entrante bastante amplio de planta rectangular. La puerta de entrada se supone a la izquierda de este rectángulo -izquierda del espectador-, pero no se ve. En el fondo de este mismo departamento hay una pequeña puertecita, una mesita con teléfono y unas flores. Esta pequeña habitación del fondo puede separarse del primer término de la escena con unos cortinajes que se corren cuando la acción lo precise. En primer término, en la estancia grande, hay puertas a derecha e izquierda, un tresillo de clara tapicería, una mesa camilla con coquetona vestidura, un piano en el ángulo, flores, etc. Cuando se levanta el telón, está en escena, sentada en la mesita escritorio, CRISTINA. Una mujer de cierta edad, de apariencia

sosegada y decidida y con alguna natural distinción. A los pocos segundos entra en escena, por la puerta del vestíbulo,

LUCIANO. Es un hombre joven, de treinta y cinco a treinta y seis años [sic]. En los ojos y en la sonrisa se le nota que es dado a los sueños alegres. Entra con un aire enormemente distraído...

CRISTINA le ve entrar sorprendidísima y se pone en pie.

CRISTINA.- ¡Caballero! ¿Quién es usted?

LUCIANO.- Felicísimas tardes, señorita... Aquí está mi tarjeta. Que pasen recado al señor Claramunt.

CRISTINA.- Caballero: está usted equivocado. (Superior.) No conozco a ese señor Claramunt.

LUCIANO.- ¿Qué dice usted? (Mira en torno un poco azorado.) Pero ¿no es ésta la oficina de la compañía de seguros El Firmamento?

CRISTINA.- (Casi con desprecio.) No, señor.

LUCIANO.- ¿No es ésta la casa número 162 de la Gran Vía?

CRISTINA.- Sí, señor. Pero la compañía de seguros está en el piso sexto y éste es el piso séptimo.

LUCIANO.- No diga usted más... (Ríe divertido.) ¡Me he equivocado de piso! Estas cosas me pasan con mucha frecuencia... Soy muy distraído. Y como la puerta estaba abierta.

CRISTINA.- La puerta de esta casa siempre está abierta.

LUCIANO.- ¡Ya! Ya sé dónde estoy. ¡Ésta es la casa de mademoiselle Pepita, la modista!

CRISTINA.- No señor.

LUCIANO.- ¿De veras?

CRISTINA.- Mademoiselle Pepita es en el piso décimo.

LUCIANO.- (Consternadísimo.) ¡Qué horror! No acierto una. Bueno. Es que estas casas modernas son un laberinto. Todos los pisos son iguales...

CRISTINA.- (Implacable.) Como las antiguas, sí señor.

LUCIANO.- **(Inspirado.)** ¡Ah! Ya caigo. Estoy en la consulta del doctor Mendoza...

CRISTINA.- Tampoco...

LUCIANO.- ¿Tampoco? **(Saluda azorado y marcha hacia el fondo.)** Señorita, he tenido mucho gusto... Con su permiso... **(Y sale. CRISTINA sonrío; sola, maneja unos papeles sobre su mesa. Pausa pequeña. Vuelve LUCIANO, indignadísimo.)** ¡Señorita!

CRISTINA.- ¡Caballero!

LUCIANO.- ¡Señorita! Por todos los santos: si no estoy en las oficinas de la compañía de seguros, ni en casa de mademoiselle Pepita, ni en la consulta del doctor Mendoza, ¿quiere usted decirme dónde estoy?

CRISTINA.- **(Sonríe.)** Encantada; pero guárdeme usted el secreto. **(Con cierta gravedad.)** Está usted en la academia de amor de madame Fleriot...

LUCIANO.- ¡Ah! Bueno. **(De pronto. Casi pega un brinco.)** ¡¡Señorita!!

CRISTINA.- **(Se asusta.)** ¡Señor mío!

LUCIANO.- Por favor, repítalo usted. ¿Qué casa ha dicho usted que es ésta?

CRISTINA.- **(Con naturalidad.)** Ésta es la academia de amor de madame Fleriot...

LUCIANO.- **(Silva y mira en torno.)** ¡Uyyy! De manera que esto es una academia de amor.

CRISTINA.- **(Amablemente.)** Sí, señor. **(Ufana.)** Es el único establecimiento en su género.

LUCIANO.- Lo creo. Entonces, aquí se dan clases de amor.

CRISTINA.- ¡Naturalmente!

LUCIANO.- Como si el amor fuera el latín o la geometría...

CRISTINA.- **(Con severidad.)** Señor mío... El amor es mucho

más importante que la geometría y el latín...

LUCIANO.- ¡Toma! Y más que la historia natural. Qué me va usted a decir a mí: si yo soy un romántico y todas mis desdichas me vienen por no saber la asignatura.

CRISTINA.- ¿Es posible?

LUCIANO.- ¡Digo! Soy un tímido. A mis años todavía no he encontrado la mujer ideal. **(Melancólico.)** La mujer ideal tiene un gran defecto: no le interesan los hombres.

CRISTINA.- ¡Oh! **(Suena el teléfono de la mesita. CRISTINA corre allí, lo toma y habla. Luciano la oye atento y embobado.)** Con su permiso... ¡Aló! Sí; sí, señora. Ésta es la casa de madame Fleriot. Soy la señorita Cristina, su secretaria. Hable sin reservas, señora. ¡Naturalmente! Señora, por Dios... No, eso no... En este momento, madame no se puede poner al aparato: está dando clase a las alumnas de primer año.

LUCIANO.- ¡Alumnas de primer año!

CRISTINA.- **(Al teléfono.)** Sí, unas muchachas. Madame les da un poco de cultura general amorosa. Lo indispensable para que las chicas se desenvuelvan en sociedad y puedan flirtear sin peligro... **(Una pausa.)** ¡Ah!... ¿Es un caso grave? Tranquilícese... Madame resuelve hasta los casos imposibles. ¡Oh! Interesantísimo. Los problemas amorosos de las casadas siempre tienen más interés. No; no, señora. Eso no... No se suicide usted. A las casadas no les conviene dar un escándalo. Venga dentro de media hora. La recibirá madame Fleriot... **(Y cuelga.)** .

LUCIANO.- **(Que ha escuchado asustadísimo.)** Pero ¿usted cree que esa señora se suicidará?

CRISTINA.- **(Piadosamente.)** Caballero, qué poco conoce usted a las mujeres.

LUCIANO.- Poquísimo. Tiene usted razón. ¡No se suicida!

CRISTINA.- **(Superior.)** Al contrario. Es muy capaz de

matarse...

LUCIANO.- Ya. **(Cada vez más azorado.)** Verdaderamente, está usted en lo cierto. Nunca conoce uno a las mujeres. Sin embargo, señorita, yo me he enamorado varias veces en mi vida. Pero la verdad es que los hombres nunca conocemos a las mujeres porque no nos enamoramos de esta mujer o de aquella... No, no. Nos enamoramos de las mujeres. De todas. Los hombres sentimos el amor de un modo universal. Las mujeres, como son más egoístas, lo sienten en particular... Por eso es muy difícil ponerse de acuerdo y hay tan pocas parejas felices. ¿Usted me comprende, señorita?

CRISTINA.- **(Irónica.)** Perfectamente. Y decía usted que era un tímido...

LUCIANO.- Sí, señorita. Es una fatalidad.

CRISTINA.- ¡Oh! ¿Y no ha visto usted al entrar aquí un cartel pequeñito debajo de la mirilla?

LUCIANO.- ¿Un cartel? No, no... Soy distraidísimo. ¿Qué dice?

CRISTINA.- **(Con severidad.)** Dice: «Sólo para mujeres».

LUCIANO.- ¿Sólo para mujeres? Entonces me quedo. **(Y se sienta tranquilamente.)** .

CRISTINA.- ¡Oiga!

LUCIANO.- Sí, señorita. Me quedo y no saldré de aquí hasta que me diga usted quién es esa maravillosa madame Fleriot.

CRISTINA.- Madame Fleriot es una mujer extraordinaria.

LUCIANO.- ¿De veras?

CRISTINA.- Madame Fleriot da lecciones de amor. Enseña, aconseja... Resuelve los casos más difíciles. Muchas mujeres aman y no son correspondidas. Madame les enseña el camino para conquistar al hombre que aman. A otras, ya casadas, las engañan los maridos. Madame Fleriot les enseña el método para la reconquista del marido, que es muchísimo más difícil que la

conquista del novio. **(Transición.)** ¡Ay! ¡Dios mío!

LUCIANO.- ¡Señorita! ¿Qué ocurre?

CRISTINA.- Alguien viene... Han abierto la puerta. Y no pueden verle a usted aquí. Vamos escóndase ahí, un minuto.

LUCIANO.- Pero, señorita...

CRISTINA.- ¡Vivo!

(LUCIANO, de un brinco, desaparece por una puerta próxima.

En el departamento del fondo aparece enseguida una señora joven. Es una mujer de aspecto distinguido y apacible. Traje de calle y sombrero. Trae un ramo de flores en las manos.)

CECILIA.- Buenas tardes, Cristina. ¿Madame?

CRISTINA.- Buenas tardes, señora. Madame tiene unas muchachas...

CECILIA.- Esperaré en el mirador... No tengo prisa. Pero no me iré sin darle las gracias.

CRISTINA.- ¿Su asunto va bien, señora?

CECILIA.- **(Emocionadísima.)** ¡Maravillosamente bien, Cristina! ¡Se ha terminado!

CRISTINA.- ¡Enhorabuena! ¡Qué alegría!

CECILIA.- Mi marido me ha regalado esta mañana un ramo de flores... Mírelas. Le traigo a madame la mitad. Se las merece... Hace tres noches que no sale solo de casa. Anoche me llevó a un restaurante. Bailamos. Me hizo el amor como cuando éramos novios. Si usted supiera... Parece otro hombre... ¡Qué feliz soy, Dios mío! ¡¡Qué feliz!!

CRISTINA.- ¡Señora!

CECILIA.- Toda esta alegría se la debo a madame. Yo no hice más que seguir sus consejos al pie de la letra... ¡Ay, Cristina! No sé por qué tengo ganas de llorar. Es tanta, tanta felicidad...

(Y sale casi llorando realmente. LUCIANO asoma la cabeza.)

LUCIANO.- ¡Asombroso!

CRISTINA.- ¿Ha oído usted eso?

LUCIANO.- Todo.

CRISTINA.- (Con ternura.) La pobre... También se quería suicidar...

LUCIANO.- ¿También?

CRISTINA.- Sí; su caso es muy corriente. La pobrecita es lo que se llama una mujer de su casa. Ya sabe usted cómo son estas mujeres: dóciles, obedientes, sencillas. Los hombres se acostumbran a ellas como se acostumbran a su mesa de despacho... Y, claro, inmediatamente dejan de quererlas. Una mujer de su casa, si no es inteligente, puede hacer odiosa a cualquier hombre la vida del hogar. Así era ésta. Se necesitaba algo que conmoviera enérgicamente al marido. Y madame Fleriot, como siempre, acertó con el remedio. Ha bastado con que esta señora fingiera una pequeña enfermedad -nada: quince días en cama- y el marido ha reaccionado. Se ha vuelto a enamorar de ella... (Superior.) Un caso fácil.

LUCIANO.- (Atónito.) ¡Qué barbaridad! ¡Pobre hombre! Pero ¿sucede siempre igual?

CRISTINA.- ¡Siempre! Madame Fleriot es infalible. Para las solteras tiene un lema: todas se pueden casar... Y otro para las casadas: la amante pierde siempre. (Con orgullo.) ¡Madame Fleriot es una mujer excepcional!

LUCIANO.- Pero esto es asombroso...

CRISTINA.- Madame Fleriot aspira a encontrar la felicidad para todas las mujeres que acudan a ella. Tenemos clases elementales para solteras y un consultorio privado para todas las mujeres, solteras o casadas, que lo soliciten. Pronto estableceremos unas consultas nocturnas para las muchachas que trabajan todo el

día...

LUCIANO.- **(Absorto.)** ¡Como en las oposiciones de Hacienda!

CRISTINA.- Lo mismo; sí, señor. **(Filosófica.)** En realidad, la vida de una mujer es una perpetua oposición hasta que se casa, que es la plaza definitiva. Claro que algunas, después de casadas, pedirían el traslado de muy buena gana...

LUCIANO.- **(Admiradísimo.)** ¡Estupendo! ¡Y todo esto aquí, en Madrid, en la Gran Vía!

CRISTINA.- 162, piso séptimo...

LUCIANO.- ¡Y en secreto! Porque todo esto es un secreto. No lo sabe nadie.

CRISTINA.- **(Sonriendo.)** ¡Oh! Usted es de los pocos hombres que lo saben... Pero las mujeres, todas. En Madrid la fama de madame Fleriot ha corrido como la pólvora... Es muy difícil que una señora se sienta desgraciada y no encuentre a su lado otra mujer que le proporcione el teléfono de madame Fleriot... Créame usted; madame está agobiadísima de trabajo. **(Amablemente.)** Y ahora que ya lo sabe usted todo, ¿quiere usted marcharse?

LUCIANO.- ¡No!

CRISTINA.- ¡Señor mío!

LUCIANO.- **(Decidido.)** Ahora menos que nunca. Necesito conocer a esta maravillosa mujer...

(Rumor de risas femeninas dentro, pero muy cerca.)

CRISTINA.- ¡Imposible!

LUCIANO.- Señorita, estoy decidido.

(Más risas dentro y más cerca.)

CRISTINA.- Por favor, es necesario que salga usted. Las muchachas no pueden verle aquí. Son señoritas honorables que si viesen un hombre en esta casa perderían la confianza en

madame... Se lo suplico. ¡Márchese!

LUCIANO.- Pero...

CRISTINA.- ¡Oh! Ahora mismo...

(Le coge de un brazo y se lo lleva por el departamento del fondo.)

LUCIANO.- ¡Señorita!

CRISTINA.- ¡Chis!... No grite. ¡Esto es demasiado!

(Entran GUILLERMINA, ISABEL y MARCELA. Las tres tienen una radiante juventud.)

GUILLERMINA.- Bueno... ¡Es extraordinaria!

ISABEL.- ¡No hay otra mujer como ella!

GUILLERMINA.- ¿Oísteis lo que me dijo? Me ha prohibido que lea más novelas de Maurois³.

ISABEL.- ¡Ay! ¿Sí?

GUILLERMINA.- Sí, sí... Dice que el amor en las novelas francesas es como el mar en las postales: propaganda para turismo.

MARCELA.- ¡Toma!

GUILLERMINA.- Siempre acierta.

MARCELA.- No falla una. **(Suspira.)** A mí me ha dejado hoy más triste...

ISABEL.- ¿Por qué?

MARCELA.- Pche... **(Con cómica melancolía.)** Me ha preguntado por qué estoy enamorada de mi novio y le he dicho la verdad: porque Jerónimo es un poco rubio y tiene un bigotito. Y me ha dicho que rompa las relaciones.

GUILLERMINA.- ¡Anda!

MARCELA.- Sí... Madame dice que quien me gusta a mí es Melvyn Douglas⁴. **(Ríen las otras.)** ¡Pobre Jerónimo!

GUILLERMINA.- Hoy estaba guapísima con su traje negro y su pelo rubio. **(Chasca la lengua ponderativamente.)** Es de un chic...

MARCELA.- **(Entusiasmándose.)** Es una mujer imponente. Pero a mí lo que más me gusta de madame Fleriot es su misterio.

GUILLERMINA.- ¡Qué novelera eres!

MARCELA.- Sólo sabemos de ella que llegó a Madrid hace seis meses, tomó este piso...

ISABEL.- ¿Qué importa? Es maravillosa. ¡Cómo conoce a los hombres!

MARCELA.- ¡Digo! Y cómo nos conoce a nosotras, que es mucho más difícil. Porque a los hombres se les conoce al cabo del tiempo, pero como para las mujeres no pasa el tiempo...

ISABEL.- Yo creo que el secreto de madame está en que ha vivido mucho.

MARCELA.- **(Intrigada.)** Yo estoy segura de que madame tiene una historia. Una historia llena de aventuras muy románticas...

ISABEL.- Vamos... Tú crees que madame es una aventurera.

MARCELA.- ¿Por qué no? ¡Ay! A mí también me gustaría ser una aventurera...

GUILLERMINA.- **(Asustada.)** ¡Mujer!

ISABEL.- ¡Criatura!

MARCELA.- **(Dignísima.)** Una aventurera muy decente, ¿qué pasa?

ISABEL.- ¡Ah!

GUILLERMINA.- ¡Bueno!

MARCELA.- Yo sé lo que digo. Todo menos vivir una vida tonta, como la de mamá o la de mi tía Manolina. ¡¡Jamás!! Yo no podría casarme con un hombre como mi tío.

GUILLERMINA.- ¡Claro! Es viejísimo.

MARCELA.- No es por eso. Es que es de Correos. ¡Ay, Dios

mío! Es tan hermoso el amor...

ISABEL.- **(Con cierto rubor.)** ¡Bah! Yo no creo en el amor...

MARCELA.- ¡Isabel!

GUILLERMINA.- ¿Qué estás diciendo?

ISABEL.- Nunca os lo he dicho. Pero es la verdad. No puedo creer en el amor. Es mentira, todo mentira. ¡Y no quiero casarme!

GUILLERMINA.- Pero, chiquilla... ¿Qué dices?

MARCELA.- Oye, tú: si no crees en el amor, ¿por qué vienes a casa de madame Fleriot?

ISABEL.- ¡Porque me divierte! **(Sonríe.)** Pero en mi casa no lo saben. No me lo permitirían.

GUILLERMINA.- Mi padre tampoco lo sabe. Cree que a esta hora estoy en clase de griego. Ya ves; el griego no sirve para nada, pero para estas cosas vale.

MARCELA.- Porque vuestros padres son muy a la antigua. A mamá, en cambio, le encanta que yo entienda de estas cosas... Además, le conviene.

ISABEL.- ¿Que le conviene?

MARCELA.- ¡Claro! Siempre que riñe con papá me pide consejo. Y no os quiero contar. Desde hace una temporada papá está desconocido. ¡El pobre! A mí ya me da lástima...

(Cruza la escena CECILIA. Vuelve felicísima como se fue. Pasa de prisa y, sin detenerse, saluda con mucha efusión a las muchachas.)

CECILIA.- Buenas tardes... **(Contentísima. Parece que habla y llora al mismo tiempo.)** ¡Qué alegría da el buen tiempo! ¡Y yo estoy tan contenta! ¡Qué contenta estoy! ¡Ay! **(Y sale. Las tres muchachas la ven desaparecer sin tiempo apenas para saludarla.)**

MARCELA.- **(Fascinada.)** ¡Otra!

GUILLERMINA.- ¿Cómo?

MARCELA.- ¡Otra que ha curado madame Fleriot! No hay más que verla. Va llorando de felicidad...

GUILLERMINA.- ¡Qué mujer!

ISABEL.- ¡Es asombroso!

(Aparece CRISTINA en el departamento del fondo y se sienta en el escritorio.)

MARCELA.- ¡Chis! La secretaria. **(Coge del brazo a las otras y se las lleva hacia la puerta.)** ¡Vámonos!

ISABEL.- Pero, Marcela...

GUILLERMINA.- ¿Qué prisa te ha dado?

CECILIA.- ¡Vámonos de aquí! ¡Voy a plantar a Jerónimo!...

(Salen las tres riendo. Al pasar junto a CRISTINA, ésta sonríe.)

CRISTINA.- Hasta mañana, señoritas...

(Queda sola en su escritorio. Al cabo de una pequeña pausa, surge de nuevo el rostro sonriente y tímido de LUCIANO.)

LUCIANO.- Señorita...

CRISTINA.- **(Espantada.)** ¡Usted! ¡Usted otra vez!

LUCIANO.- Sí, señorita. El mismo. He vuelto y volveré más tarde, y mañana, y pasado... Aunque me vuelva usted a echar de aquí.

CRISTINA.- ¡Dios mío!

LUCIANO.- Señorita, sea usted bondadosa conmigo. Yo soy muy tímido.

CRISTINA.- ¡Oh! No hay más que verlo...

LUCIANO.- **(Sonríe.)** No me ha dejado usted terminar... Todo esto es un complejo de mi propia timidez. ¿Usted sabe lo que es un complejo?

CRISTINA.- No. Pero usted tampoco. Porque el que sabe lo que tiene, no tiene un complejo.

LUCIANO.- (Ríe.) Magnífico. En esta casa todo es magnífico, hasta la secretaria. Señorita, le ruego que pase mi recado a madame Fleriot. Necesito que me reciba.

CRISTINA.- ¡Imposible! Madame Fleriot no recibe a los hombres.

LUCIANO.- Voy a exponerle mi caso... Es desesperado.

CRISTINA.- ¿De veras?

LUCIANO.- ¡Treinta y cinco años de soltería!

CRISTINA.- ¡Oh!

LUCIANO.- Compadézcase de mí, señorita.

CRISTINA.- ¿Quiere usted salir?

LUCIANO.- Mire usted, señorita... Yo he llegado hace unos minutos a la casa número 162 de la Gran Vía dispuesto a visitar al señor Claramunt, gerente de la compañía de seguros. Yo soy agente de la casa. Le traigo el seguro más importante que he hecho en mi vida. Pero, créame usted, señorita, ya no me importa nada ni Claramunt, ni el seguro, ni siquiera mi porvenir... He entrado en este piso hace unos minutos equivocadamente. Me he encontrado en un establecimiento fabuloso donde hay una misteriosa mujer que es profesora de amor... Por favor. No insista usted, señorita. **(Se sienta tranquilamente.)** ¡No me iré sin conocer a madame Fleriot!

CRISTINA.- ¡Márchese! ¡Ahora mismo!

LUCIANO.- ¡Nunca!

CRISTINA.- ¡Es usted insoportable!

(Aparece silenciosamente en el fondo MADAME FLERIOT. Es una mujer arrogante, distinguida, elegantísima. Tiene una sonrisa deliciosa y un donaire superior. Por su desenvoltura y su

suave elegancia parece una mujer que ha viajado mucho y puede hablar dos o tres idiomas. Se detiene en la puerta cuando entra y dirige una mirada fría a LUCIANO. MADAME viste un largo y elegante vestido que le llega hasta el suelo.)

MADAME.- ¿Qué sucede, Cristina?

CRISTINA.- ¡Madame!

LUCIANO.- (Se pone bruscamente en pie y la contempla deslumbrado.) ¡Señora!

MADAME.- ¿Qué significa esto? ¿Quién es este caballero?

CRISTINA.- Madame, yo le explicaré... El señor se ha equivocado de piso. Después ha insistido... Madame, yo no he tenido la culpa. Ha querido conocer a madame. Figúrese, madame... ¡Es un indiscreto! ¡Un curioso insoportable!

MADAME.- Está bien, Cristina... Puede usted retirarse.

CRISTINA.- ¡Oh!

(Se va por el fondo mirando airadamente a LUCIANO. Una pequeña pausa. MADAME se vuelve hacia LUCIANO y le observa con curiosidad y un poco de recelo. Él está encantado.)

LUCIANO.- De manera que usted es madame Fleriot...

MADAME.- Sí... ¿Qué quiere usted de mí?

LUCIANO.- ¿La maravillosa madame Fleriot? ¡Usted!

MADAME.- La misma... Me parece que le he decepcionado. ¿No es eso?

LUCIANO.- (Sonríe.) Completamente.

MADAME.- (Irónica.) ¡Qué horror!

LUCIANO.- Estoy estupendamente decepcionado... Mire usted, señora; mi vida es una serie de decepciones. Me decepcioné espantosamente la primera vez que estuve en París. Me decepcionó de un modo horrible el primer día que vi el mar. Me decepcionó atrocemente el primer amor. Todo, todo. Bueno; pues

usted también acaba de decepcionarme, pero no como París o el Mediterráneo, sino al revés... Señora, nunca pude figurarme que la misteriosa madame Fleriot fuese una mujer como usted.

MADAME.- ¿De veras?

LUCIANO.- Tan seductora, tan adorable...

MADAME.- **(Muy seria.)** Gracias... ¿Cómo me imaginaba usted?

LUCIANO.- Otra clase de mujer... Quizá como una viejecita.

MADAME.- Una viejecita con el pelo muy blanco, sentada junto a una mesa camilla con una bola de cristal y una baraja en la mano ¿No es eso?

LUCIANO.- **(Encantado.)** ¡Quién sabe!

MADAME.- Una echadora de cartas. ¡Qué poca imaginación tienen los hombres! Señor mío: el psicoanálisis ha terminado con las echadoras de cartas. Las pobres se equivocaban lo mismo que los médicos psicoanalistas, pero cobraban mucho más barato... **(Una levísima pausa.)** Bien. ¿Y usted qué busca aquí, en mi casa?

LUCIANO.- Nada...

MADAME.- ¿Quién es usted?

LUCIANO.- Nadie...

MADAME.- ¡Ah!

LUCIANO.- O casi nadie... Me presentaré y verá usted que no tengo ninguna importancia. Luciano Vargas, soltero, agente de seguros. Un producto de la civilización.

MADAME.- ¿Cómo?

LUCIANO.- Sí, señora. Yo soy un contemplativo...

MADAME.- ¿Quiere usted decir que no trabaja nunca?

LUCIANO.- Muy poco... Lo justo. Un ratito por las mañanas. Por las tardes contemplo este fenómeno maravilloso que es la vida. Paseo por el Retiro después de almorzar, ando por la Gran Vía al

anochecer y por la noche sueño entre los árboles de Recoletos...
Nada. Ya le he dicho a usted que soy un contemplativo.

MADAME.- ¡Magnífico! Supongo que se divertirá usted mucho.

LUCIANO.- Muchísimo. Lo paso muy bien.

MADAME.- ¿Y a esto llama usted ser un producto de la civilización?

LUCIANO.- Sí, señora... La civilización es tan poderosa que se puede permitir a sí misma el lujo de que unos pocos hombres sentimentales como yo pasen la vida contemplando cómo pierden el tiempo los que se afanan a todas horas...

MADAME.- ¡Soberbio! **(Sonríe con ironía.)** Y ¿qué quiere usted de mí?

LUCIANO.- **(Con una tímida sonrisa.)** Conocerla...

MADAME.- ¡Ah! Entonces ya hemos terminado. Buenas noches.

LUCIANO.- ¡Quia! De ninguna manera...

MADAME.- ¿Cómo?

LUCIANO.- -No, no... Pero señora, ¿no comprende usted que estoy intrigadísimo? Ha organizado usted el establecimiento más singular del mundo: nada menos que una academia de amor... Realiza usted milagros con las mujeres que caen en sus manos... Se ha constituido usted a sí misma en doctora en amor.

MADAME.- **(Ríe suavemente.)** ¡Doctora en amor! ¿Verdad que es un hermoso título?

LUCIANO.- ¡Delicioso! **(Se acerca despacio.)** Pero, ¿de verdad, señora, sabe usted mucho de amor?

MADAME.- ¿Lo duda usted?

LUCIANO.- ¡Oh, no! Entonces... ¿Ha amado usted mucho?

MADAME.- **(Deja de sonreír y calla un instante.)** Sí...

LUCIANO.- ¡Ah! **(Una suave pausa.)** Bueno. Creo que soy un poco impertinente...

MADAME.- Es usted muy perspicaz...

(Entra CRISTINA y se detiene en el fondo.)

CRISTINA.- Con permiso, madame...

MADAME.- ¿Qué ocurre?

CRISTINA.- En el «hall» hay una señora que espera desde hace diez minutos.

MADAME.- ¿Nueva?

CRISTINA.- Sí. Es la primera vez que viene. No quiere dar su nombre.

MADAME.- La recibiré ahora mismo... **(A LUCIANO.)** Lo siento.

CRISTINA.- Tiene usted que salir por la escalera interior... **(Señala una puerta.)** .

LUCIANO.- No se preocupe. ¡Volveré!

MADAME.- ¿Cómo?

CRISTINA.- ¿Qué dice?

LUCIANO.- Señora, todo esto es demasiado tentador. Usted, esta casa, esas mujeres que esperan de usted la felicidad... Ya le he dicho a usted que yo soy muy curioso. **(Feliz.)** Y, además, como por las tardes no hago nada... Lo dicho: ¡volveré!

CRISTINA.- **(Indignada.)** Pero...

LUCIANO.- **(Desde la puerta.)** Buenas tardes, madame; buenas tardes, señorita. **(Y sale.)** .

CRISTINA.- ¡Desahogado! **(Ríe MADAME.)** ¿Qué quería?

MADAME.- ¡Nada! Un poco de curiosidad... Es natural.

CRISTINA.- ¡Hum! No me fío.

MADAME.- Es muy simpático y muy alegre...

CRISTINA.- ¡Paulina!

MADAME.- Pero Cristina... **(Riendo.)** .

CRISTINA.- Es que te temo...

MADAME.- ¡Oh! Descuida. Aquella Paulina ha muerto...

CRISTINA.- **(Iba a salir y vuelve.)** ¡Paulina! No te lo quiero ocultar. Tengo miedo.

MADAME.- **(Sonriente.)** ¿Qué dices?

CRISTINA.- Sí, sí... Me parece que has ido demasiado lejos... Tu casa se está haciendo demasiado conocida.

MADAME.- Calla... No importa. Madame Fleriot es para todos una desconocida que da la felicidad con sus consejos a unas pobres mujeres desgraciadas, locas de amor, de celos o de odio... A la gente le fascina lo fabuloso y, ya ves, lo fabuloso es muy fácil de hacer... A Paulina no la conoce nadie más que tú. A los demás sólo les importa madame Fleriot. **(Sonríe.)** ¡Madame Fleriot, doctora en amor! ¿No es bonito, Cristina? Mira, hoy estoy muy contenta. **(En otra voz.)** ¿La has visto?

CRISTINA.- Sí. Salió de aquí con sus dos amigas hace un instante. Estaba muy bonita y muy contenta. Es un ángel.

MADAME.- ¡Oh! Y aún dices que hemos ido demasiado lejos... Soy tan feliz viéndola a diario... Sería horrible volver otra vez a París, a nuestra vida de antes... Además, ¿quieres saberlo todo? Me encanta esta vida nueva y original. Toda mi vida he querido ser una mujer distinta a las demás. Ahora lo soy más que nunca. Cada mujer que entra por esa puerta dispuesta a confiarme sus secretos más íntimos es como un triunfo mío... Yo puedo crearle un nuevo destino. ¿Comprendes qué hermoso es esto, Cristina? **(Sonríe halagada.)** ¡Madame Fleriot, doctora en amor, no se equivoca nunca! ¡Pobres mujeres! Todavía no me ha preguntado ninguna por qué sé tanto amor... **(Transición.)** ¡Cristina!

CRISTINA.- Dime...

MADAME.- ¿Qué piensas?

CRISTINA.- Nada... Te oigo, como siempre.

MADAME.- ¿Te sorprendes?

CRISTINA.- No, no... Ya no es posible. Desde hace dieciocho años estoy acostumbrada a que cada tres meses me sorprendas con una nueva genialidad. ¡Figúrate!

MADAME.- **(Ríe.)** ¡Pobre Cristina! ¡Qué buena eres! ¿Qué aspecto tiene esa señora que espera?

CRISTINA.- Muy elegante. Se le puede cobrar caro...

MADAME.- Estás en todo... Que pase. ¿Hay algo más para hoy?

CRISTINA.- Otra.

MADAME.- ¿Quién es?

CRISTINA.- No lo sé. Una que está empeñada en suicidarse. Telefoné hace un rato y vendrá enseguida.

MADAME.- Muy bien...

(CRISTINA suspira melancólicamente y sale. Una pausa. En el fondo aparece ADELA. Es una mujer distinguida y recatada. Un vago mohín de tristeza que, como es frecuente en mujeres muy femeninas, se transforma en graciosa altanería. Rica elegancia, pero su lujo es de buen gusto.)

ADELA.- **(Muy tímida.)** ¿Madame Fleriot?

MADAME.- ¿Quiere usted pasar?

ADELA.- Gracias. Buenas tardes, madame... **(Se sienta junto a PAULINA en la mesa camilla.)** Estoy un poco nerviosa. Discúlpeme.

MADAME.- ¿Cómo se llama usted?

ADELA.- Adela.

MADAME.- Un bonito nombre... ¿Soltera o casada?

ADELA.- Casada.

MADAME.- Se le nota. Es usted muy ingenua...

ADELA.- ¡Oh!

MADAME.- Si fuera soltera tendría más desenvoltura... **(Se levanta y se acerca a ella con solicitud.)** Vamos, Adela. Hable usted. La escucho.

ADELA.- Verá usted, madame... Una amiga mía, a la que usted ha salvado de una situación muy comprometida, me recomendó que viniese a su casa. Pero, créame, madame, casi estoy arrepentida. Es muy difícil hacer confidencias... Yo no tengo costumbre...

MADAME.- Es natural. **(Sonriendo.)** .

ADELA.- ¿Por qué?

MADAME.- Porque no es usted feliz... A las mujeres sólo cuando somos muy dichosas nos gusta hacer confidencias. Para muchísimas mujeres la felicidad significa lo mismo que el automóvil: un lujo que no tienen las demás... **(ADELA rompe en un silencioso sollozo.)** ¡Señora! ¿Qué le ocurre?

ADELA.- Madame... ¡Soy muy desgraciada! Necesito que usted me ayude. ¡No puedo más! ¡¡No puedo más!!

MADAME.- **(Sonriendo.)** No sea usted niña. Su caso no será tan grave. Vamos... Dígame. ¿Es que la engaña su marido?

ADELA.- ¡No!

MADAME.- Entonces, tranquilícese. **(Con naturalidad.)** Si le engaña usted a él, la cosa tiene menos importancia.

ADELA.- No, no... ¡Qué locura! Yo soy una mujer honrada...

MADAME.- La felicito. Pero, entonces, amiga mía, ¿qué sucede en su matrimonio?

ADELA.- **(Después de una pausa levísima, abandonándose con infinita melancolía.)** ¡Nada!

MADAME.- ¿Eh?

ADELA.- ¡Nada!

MADAME.- **(Un silencio.)** ¡Ah! Eso es gravísimo...

ADELA.- **(Dolorosamente.)** Sí, madame, peor que la muerte.

Pero es muy difícil comprenderlo. ¿Sabe usted lo que significa que entre un hombre y una mujer que se han querido llegue un día, una hora, en que no tengan nada que decirse uno a otro?

MADAME.- **(Cerca de ella, con la voz llena de nostalgia.)** Sí; lo sé... Sé cómo son esas largas veladas sin salir juntos de noche, porque ya no es divertido, sentados al lado de la chimenea, cada uno con su libro en las manos. Un libro que nunca se termina de leer, siempre abierto por la misma página. Sé que nada hay tan tremendo como el silencio de un hombre, mientras él fuma un cigarrillo, y otro y otro... y su imaginación vuela lejos, muy lejos.

ADELA.- ¡Sí! Así es, así es...

MADAME.- Yo sé lo que es todo eso, Adela, para una mujer enamorada. Yo sé que entre un hombre y una mujer lo más espantoso que puede suceder es que no suceda nada...

ADELA.- **(Se refugia en PAULINA llorando.)** ¡Pero yo le quiero con toda mi alma!

MADAME.- **(Sonríe.)** Lo suponía... **(Casi la tiene abrazada.)** Vamos... Estoy segura de que volverá usted a ser feliz. Lo arreglaremos todo. El mes pasado tuve tres casos como éste... **(Volviendo con suavidad a su tono voluble.)** ¿Cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

ADELA.- Diez años.

MADAME.- Justo. Es el momento de la crisis... Debí figurármelo. De todas maneras su marido no se ha precipitado. Otros reaccionan a los cinco años. Y los más impacientes, a la vuelta del viaje de bodas... ¿Él tiene una amante?

ADELA.- No. Estoy segura.

MADAME.- ¡Qué lástima! Nos convendría que tuviese un amante...

ADELA.- ¡Madame!

MADAME.- Si tuviese una amante, las cosas se arreglarían

solas... Los hombres, para escapar de la amante, no tienen más remedio que refugiarse en su esposa. La amante resulta siempre muchísimo más molesta y, claro, pierde siempre... Si su marido tuviera una amante se volvería a enamorar de usted.

ADELA.- Pero esta situación no durará mucho. Yo conozco bien a mi marido. ¡Le quiero tanto! Él, aun en contra de su voluntad, ha dejado de quererme. Y así cualquier mujer lo puede arrancar de mi lado. Ése es mi miedo. Esto es lo que temo que suceda cualquier día a cualquier hora... Él está soñando despierto: sueña lo maravilloso que para él sería enamorarse otra vez de otra mujer... Lo sé, lo sé. **(Un sollozo.)** Y si llega ese momento... ¡Yo me muero, porque no puedo vivir sin él!

MADAME.- ¡Oh, basta! Ni una lágrima más...

ADELA.- Es tan amargo todo esto. Me siento tan humillada.

MADAME.- ¡Pobre Adela! Hace diez años olvidó usted la tarea más importante de su vida: en la boda no termina la conquista del marido; en la boda es cuando tiene que empezar... **(Decidida.)** Ea, séquese usted esas lágrimas.

ADELA.- **(Esperanzada.)** ¡Madame!

MADAME.- Venga usted aquí. Necesito saber muchas cosas. ¿Cómo es su marido? ¿Es rico? ¿Qué vida hacen ustedes? ¿Sale mucho de casa solo?

ADELA.- Verá usted, madame... Se lo contaré todo. **(Aparece CRISTINA en el fondo.)** .

CRISTINA.- Con permiso, madame.

MADAME.- ¿Qué sucede, Cristina?

CRISTINA.- Ha llegado la señora que está decidida a suicidarse...

MADAME.- Que espere.

CRISTINA.- ¡Imposible! Dice que si no la recibe madame al momento, se suicida aquí mismo...

MADAME.- ¿Cómo?

ADELA.- ¡¡Dios mío!!

CRISTINA.- Y trae un frasco con veneno...

ADELA.- **(Asustadísima.)** ¡Ay!

CRISTINA.- A mí me parece muy capaz...

MADAME.- Perfectamente... Hazla entrar. **(Sale CRISTINA.)** .

ADELA.- Pero, madame, no puede usted dejarme así...

MADAME.- No... **(La conduce suavemente a una puerta.)**
Espere... Hemos de hablar mucho todavía. Pero tenga paciencia.
Por lo visto hay una mujer más desgraciada que usted...

(Sale ADELA. Enseguida entra DIANA. Es una mujercita delicada, casi frágil. Muy femenina. Viste con gusto, pero muy sencilla. Se toca con un sombrerito y lleva un maletín de mano. Hay una permanente sonrisa en sus labios. MADAME la recibe con una mirada llena de curiosidad.)

DIANA.- Buenas tardes...

MADAME.- Buenas tardes, señora. Entre. **(Sorprendida del aire ingenuo y sencillito de DIANA.)** Pero, ¿es usted la señora que está empeñada en suicidarse?

DIANA.- Sí, sí, madame. Yo soy.

MADAME.- Y... ¿de verdad está usted decidida a morir?

DIANA .- ¡Claro! No tengo más remedio.

MADAME.- **(Asombrada.)** Y lo dice usted así, tan tranquila.

DIANA.- ¡Claro! **(Sonríe.)** Como tengo aquí el frasquito...

MADAME.- ¡Ah!

DIANA.- **(Sin dejar de sonreír.)** Y me lo tomaré en seguida si usted no me saca de este apuro...

MADAME.- ¡Señora!

DIANA.- Tiene gracia, ¿verdad?

MADAME.- Es graciosísimo... Ya lo creo. (DIANA **sonríe tímidamente.**) Acérquese... ¿Es usted casada?

DIANA .- (**Dócilmente.**) Sí, señora, desde hace dos años.

MADAME.- Muy bien... Hasta ahora todo es muy normal.

DIANA.- Hasta ahora, sí, señora.

MADAME.- ¿Y en qué consiste este drama que le obliga a suicidarse? ¿Su marido le engaña? (**Transición.**) ¿O engaña usted a su marido?

DIANA.- (**Sencillamente.**) Los dos.

MADAME.- ¿Cómo?

DIANA.- Sí, señora.

MADAME.- ¿Quiere usted decir que su marido y usted se engañan el uno al otro?

DIANA.- Sí, señora. Esto es.

MADAME.- ¡Dios mío!

DIANA.- Se asombra usted, claro... Es que estas cosas no se ven todos los días. (**Suspira.**) Seguramente me tendré que tomar el veneno.

MADAME.- ¡¡Cállese usted!!

(DIANA **baja la cabeza. Se le estremecen tenuemente los hombros y algunas lágrimas le ruedan por la mejilla, sin que desaparezca del todo su sonrisa. Al fin, prorrumpe en un sollozo.**)

DIANA.- ¡Madame!

MADAME.- (**Atrayéndola a sus brazos, arrepentida de su brusquedad.**) Pero, ¡hija mía!... Si es usted una niña.

DIANA.- ¡Sálveme usted! Necesito que me ayude... ¡Sálveme! ¡Se lo pido con toda mi alma! Le daré todo lo que pida. (**Con dulce angustia.**) Pero ayúdeme... Yo no he tenido la culpa. Yo no, madame. Lo juro.

MADAME.- Calle... No llore.

DIANA.- He salido de mi casa dispuesta a no volver, si usted no me salva... Me mataré. No tengo otro remedio. **(Con angustia.)** ¿Qué hago, madame? ¿Qué hago?

MADAME.- **(Pensativa.)** Por lo pronto... déme usted ese veneno.

DIANA.- ¡Madame!

MADAME.- ¡Démelo!

(DIANA, dócil, abre el bolsillo y le entrega su frasquito. PAULINA lo coge y se lo guarda. Después toca un timbre. DIANA la ve hacer, anhelante. Una pausa. Entra CRISTINA.)

CRISTINA.- ¿Ha llamado, madame?

MADAME.- Sí... Escucha, Cristina. Acompaña a esta señora a la habitación del gabinete. La señora pasará aquí la noche.

CRISTINA.- ¿Cómo?

DIANA.- ¡Madame!

MADAME.- ¡Silencio! Usted no saldrá de aquí hasta que yo lo ordene... Vaya usted con Cristina; ¡descanse!

DIANA.- **(Arrojándose en sus brazos.)** ¡Madame! ¿Podrá usted salvarme de todo esto?

MADAME.- Séquese esas lágrimas y confíe en mí... Vamos.

CRISTINA.- Por aquí, señora.

DIANA.- Gracias...

(Y dócilmente, con su maletín, hace mutis, seguida de CRISTINA. Una pausa. PAULINA, cuando se queda sola, se sienta junto a la mesa camilla y reflexiona ensimismada. Enseguida, por el fondo, corriendo y sofocada de rubor, entra GUILLERMINA. Cuando PAULINA la ve llegar, se pone en pie, llena de gozo.)

GUILLERMINA.- ¡Chis! ¡Chis!

MADAME.- ¡Guillermina!

GUILLERMINA.- ¿Está usted sola, madame?

MADAME.- Sí... Pero ¿qué es esto? Has corrido, estás sofocada... ¡Criatura! ¿Qué te ha sucedido?

GUILLERMINA.- **(Contentísimas.)** Madame, tengo una aventura.

MADAME.- **(Inquieta.)** ¿Tú? ¡Criatura! No puede ser.

GUILLERMINA.- Sí, sí... **(Corre al balcón del fondo, levanta un visillo, mira a la calle y vuelve junto a PAULINA.)** Ahí está.

MADAME.- ¿Quién está ahí?

GUILLERMINA.- Madame, no he querido contárselo a usted delante de Isabel y Marcela; pero desde hace ocho días me sucede algo extraordinario... Hay un hombre que me sigue a todas partes.

MADAME.- ¡Guillermina! Querida... Mucho cuidado. ¿Quién es ese hombre?

GUILLERMINA.- No lo sé... No me habla. No hace más que mirarme. Me mira y sonríe... **(Radiante.)** Hoy me ha seguido, como todas las tardes, y está ahí abajo, en la acera de enfrente... **(Cogiéndola alegremente de la mano.)** Venga usted; quiero que lo vea... **(Llegan al balcón. La muchacha entreabre la puerta vidriera y señala hacia la calle.)** ¡Mírelo! Está parado en la puerta de la joyería... Es aquel de traje azul y la corbata gris... Es un hombre interesante. ¿No es cierto, Madame?

MADAME.- **(Mirando, preocupada, a la calle.)** Sí. Es muy interesante...

(La muchacha mira a MADAME, y de pronto, con un guiño de picardía, se desliza por entre las puertas vidrieras. A través de los visillos blancos, transparentes, se la ve apoyada de codos sobre la balaustrada del balcón... PAULINA vuelve, pensativa, y

se sienta, absorta, junto a la mesa camilla. Entra suavemente,
casi de puntillas, ADELA.)

ADELA.- Un momento, madame...

MADAME.- Adela...

ADELA.- Hay algo que no comprendo... Es muy extraño. Mi marido está ahí, en la calle, frente a esta casa...

MADAME.- ¿Qué dice usted?

ADELA.- Sí, sí... Lo he visto desde el otro balcón. Puede verlo usted misma. Lleva un traje azul y una corbata gris. Asómese, madame...

MADAME.- (Vuelve la cabeza hacia el balcón, ve a la muchacha asomada y palidece.) No; no es necesario... Ya sé quién es su marido... (GUILLERMINA abandona el balcón y escapa por la puerta del fondo.) .

ADELA.- ¡Oh! ¿Qué le ocurre? ¿Se siente usted enferma?

MADAME.- No... Es el olor de estas flores... (Transición.)
¡Adela!

ADELA.- ¡Madame!

MADAME.- ¡Ahora es más necesario que nunca que vuelva usted a conquistar a su marido!

TELÓN

Acto II

△▽

El mismo decorado. En escena, PAULINA, GUILLERMINA, ISABEL, MARCELA y dos o tres muchachas más, de la misma juvenil presencia que las primeras. MADAME FLERIoT está en pie, en el centro del escenario. Las muchachas, situadas en

grupo hacia la izquierda, unas en pie y otras sentadas, escuchan atentamente.

MADAME habla con un gracioso tono doctoral.

MADAME.- Hijas mías... Platón y Lorenzo de Médicis coincidían en afirmar que el amor es un deseo de belleza...⁵ Pero la teoría es demasiado pagana y muy superficial. La belleza no es el mayor encanto del amor. Feas y bonitas, todas se pueden casar. Señoritas: la belleza da muchos disgustos...

MARCELA.- **(Suspira cómicamente.)** ¡Ay, sí!

ISABEL.- ¿Qué dices?

MARCELA.- **(Como una vampiresa de cine.)** ¡Si lo sabré yo!

GUILLERMINA.- ¡Chis!

MADAME.- El amor no es más que un problema de educación. Los hombres maleducados no saben hacer el amor. No hay nada más aburrido que un hombre maleducado... Sólo resultan divertidos cuando se enfadan. **(Ríe MARCELA.)** ¿Por qué te ríes, Marcela?

MARCELA.- Es que me acuerdo de mi tío Cándido.

MADAME.- Yo estoy segura de que tu tío Cándido no es un hombre maleducado. Será un caballero a la antigua.

MARCELA.- Sí, madame. Pero ya sabe usted lo que se quiere decir cuando se dice de un hombre que es un caballero a la antigua... **(Ríen las chicas.)** Son los más brutos. **(Risas⁶.)**

MADAME.- Sigamos... En la historia del mundo, el amor progresa al mismo tiempo que la civilización. Hay tres cosas que han adelantado mucho: el confort, los viajes y el amor. En realidad, son las tres cosas que embellecen la vida... Y si de la diligencia al avión hay una gran diferencia, no es menor avance el nuestro que, de la mujer esclava de los primeros tiempos del mundo, hemos pasado a ser la esposa libre y alegre de nuestros

días. Es una suerte para vosotras, hijas mías, vivir en la mitad del siglo XX, cuando el amor se entiende como un perpetuo homenaje a la mujer. En la Edad Media, el amor debió ser molestísimo...

MARCELA.- ¡Ay, sí!

GUILLERMINA.- **(Romántica.)** ¡A mí me gustan los trovadores!

MARCELA.- Muy cursis.

MADAME.- Cursilísimos, Guillermina.... Conquistaban, a veces, a las mujeres porque en la Edad Media las mujeres se aburrían mucho. Y a una mujer aburrida la conquista cualquiera... Esto explica los grandes éxitos de los donjuanes. Don Juan sólo enamora a las mujeres aburridas y poco inteligentes. Con las mujeres de talento, Don Juan fracasa. Don Juan es tonto.

MARCELA.- ¿Tonto?

MADAME.- De remate, Marcela... Señoritas, cuidado con Don Juan. Lo peor no es que se burle; lo peor es que resulta muy pesado... **(Se detiene. Ahora está en medio del grupo que forman las muchachas. Las mira con alegría, acaricia a alguna y sonrío.)** Un momento... Hasta ahora, en nuestras charlas siempre os he hablado de cómo debéis interpretar el amor, a juicio mío... Os he advertido de las tretas de tanto pobre hombre decidido a ser irresistible. Pero hoy debemos ir un poco más lejos... **(Sonríe.)** Yo quisiera que esta tarde cada una de vosotras me descubriese un secreto. Lo más bello de cada mujer es su sueño de amor. Dios nos envía a la vida para amar... Para querer a un hombre, para adorar a unos hijos. Pero antes que el amor viene el sueño. **(Mirándolas con ternura.)** Vosotras sois muy jóvenes todavía... No os ha llegado el momento del amor. Pero bien sé yo cuántos sueños hay en estas cabecitas... Quiero que ahora mismo cada una de vosotras nos cuente cómo entiende el amor ideal.

(Las chicas se alborotan bulliciosas y ruborizadas.)

MARCELA.- ¡Ay, madame!

ISABEL.- ¡Oh!

GUILLERMINA.- No, no...

OTRA.- ¡Ay, no! Eso no...

OTRA.- No, no... Yo, no...

(Todas ríen y hablan al tiempo.)

OTRA.- ¡Ay, qué apuro!

MADAME.- ¡Silencio! Marcela...

MARCELA.- ¡Madame!

MADAME.- Tú, la primera.

TODAS.- ¡Sí, sí!

MARCELA.- Madame... **(Ruborizadísima.)** Me da mucha vergüenza.

(Ríen las otras.)

MADAME.- ¡Silencio! Habla, Marcela... ¿Cómo entiendes tú el amor?

MARCELA.- ¿Yo? Yo... bueno. Se van a reír de mí.

(Risas.)

MADAME.- ¡Chis!

MARCELA.- Yo... **(Va venciendo poco a poco su azoramiento. Las otras la oyen con el rostro risueño y los ojos muy abiertos por la curiosidad.)** Je... Yo sería muy feliz si se enamorara de mí un hombre muy alto, con los hombros así, con el pelo un poco rizado, pero no mucho. Un muchacho fuerte, que estuviese siempre muy contento. A mí me gustaría llegarle al hombro; nada más que al hombro... Uno de estos hombres que siempre le dicen a una: «Vamos, pequeña». Y una contesta: «OK, chico». **(Ríen alborozadas las muchachas.)** ¡Ay!

GUILLERMINA.- ¡Bravo!

OTRA.- ¡Estupendo!

MADAME.- **(Atrayendo hacia sí a MARCELA.)** ¡Marcela! Vas demasiado al cine. Pero eres una mujercita muy femenina y serás muy feliz, porque el hombre que tú sueñas es el que más abunda...

MARCELA.- ¡Ay, no, madame! Eso sí que no.

MADAME.- Veamos... Otra. **(Expectación. MADAME sonrío.)** Tú... Isabel.

ISABEL.- **(Rápidamente.)** No.

MADAME.- ¿Cómo?

ISABEL.- **(Negando incluso con la cabeza.)** No, no, madame. Por favor... Se lo ruego.

MADAME.- **(Sorprendida.)** ¡Isabel!

ISABEL.- No puedo... No quiero... ¡Yo no creo en el amor!

MADAME.- ¡Isabel! ¿Qué locuras dices?

ISABEL.- Es la verdad, madame... **(Con infinita amargura.)** El amor es mentira, mentira... Lo sé desde que era una niña.

MADAME.- ¿Tú?

ISABEL.- Sí... Mis padres no se han querido nunca. **(Va bajando la voz de un modo insensible.)** No sé por qué se casaron... Y cuando yo quiero pensar en un amor bonito, como Marcela y como las demás, la imaginación se me llena con el recuerdo de mis padres, con su desgracia, y creo que el amor es sólo eso: riñas y lágrimas... **(Esconde la cabeza entre las manos. Un silencio.)** .

MARCELA.- ¡Niña!

GUILLERMINA.- ¡Isabelina!

OTRA.- ¡Qué boba eres!

MADAME.- **(La acoge y la acaricia el pelo.)** ¡Pobre criatura!

¡Qué han hecho contigo!

ISABEL.- ¡Madame!

MADAME.- ¿No has soñado nunca, Isabel?

ISABEL.- ¿Soñar? **(Amargamente.)** ¿Para qué? La verdad es lo otro: lo que yo he visto.

MADAME.- **(Dulcemente.)** ¡Calla! La verdadera vida de una mujer no está en lo que ve, sino en lo que siente... ¿Oyes?

ISABEL.- Sí. Sí, madame.

MADAME.- **(Transición.)** Bueno... ¡Otra!

UNA MUCHACHA.- ¿Yo?

OTRA.- ¿Yo?

MADAME.- No... Ahora tú, Guillermina.

GUILLERMINA.- ¡Ay, madame!

MADAME.- ¿Cómo entiendes tú el amor?

GUILLERMINA.- **(Ríe con rubor.)** No sé si sabré decirlo... Para mí el amor es lo contrario que para Isabel... Mamá murió siendo yo una niña. Y desde entonces mi padre no ha querido a ninguna otra mujer.

MADAME.- ¿Estás segura, Guillermina?

GUILLERMINA.- Sí, estoy segura... ¿No es maravilloso, madame, que la quieran a una así?

MADAME.- Sí, es maravilloso...

GUILLERMINA.- Pues eso es el amor: el amor de mi padre. Todavía, después de tantos años, muchas noches papá me pide que toque al piano una canción inglesa muy antigua y muy dulce que era la canción favorita de mamá. Cuando mi padre la oye se le llenan los ojos de lágrimas. Es una canción un poco triste que cantan en Inglaterra para las despedidas...

MADAME.- ¡El «Vals de las velas»! ¿La canción de Nochevieja!

GUILLERMINA.- Sí, madame. Pero, ¿cómo lo sabe?

MADAME.- Tiene una letra que habla del pasado y del perdón...
Es muy hermosa.

(Se acerca muy despacio al piano, levanta
la tapa e inicia una melodía suave. Es el
«Vals de las velas». Las chicas se acercan
risueñas y rodean a PAULINA.)

GUILLERMINA.- (Con alegría.) ¡La sabe! ¿Oís?

MARCELA.- ¡Lo sabe todo!

ISABEL.- Calla... Es muy bonita...

OTRA.- ¡Chis!

(PAULINA sigue tocando. Las muchachas,
al cabo, seducidas por la cadencia de la
balada tararean todas en voz baja la
melodía. Así, una pausa larga. Y entra
CRISTINA.)

CRISTINA.- Madame, señoritas... ¡La hora!

(Cruza la escena y sale.)

LAS MUCHACHAS.- (Desencantadas.) ¡¡Oh!!

MADAME.- (Sonríe y cierra el piano.) Hijas mías, ha terminado
la clase de hoy...

GUILLERMINA.- ¡No! ¡Todavía no!

MARCELA.- ¡No, madame!

ISABEL.- ¡Qué lástima!

OTRA.- ¡En lo mejor!

MADAME.- ¡Silencio! (Ríe.) Buenas tardes, señoritas. Es la
hora. ¡Hasta mañana!

MARCELA.- Buenas tardes, madame.

MADAME.- ¡Adiós!

OTRA.- Hasta mañana...

OTRA.- Buenas tardes...

MADAME.- Adiós...

(Las muchachas se dirigen con vivacidad al

fondo rodeando a MADAME, que las despide. Besa a alguna de ellas. Hablan todas a la vez. ISABEL queda la última.

GUILLERMINA ha corrido al balcón, levanta un visillo y curiosear la calle.

Cuando ISABEL va a salir, MADAME la detiene.)

MADAME.- ¡Isabel!

ISABEL.- **(Se detiene en la puerta.)** ¡Madame!

MADAME.- Ven aquí... Dame un beso. **(La besa.)** Buenas tardes, Isabel...

ISABEL.- Buenas tardes, madame...

(La muchacha sale corriendo. MADAME la ve alejarse, conmovida. Vuelve los ojos y ve a GUILLERMINA pegada al balcón.)

MADAME.- ¡Guillermina!

GUILLERMINA.- **(Sorprendida y ruborizada.)** ¡Madame!

MADAME.- **(En voz baja.)** ¿Está ahí?

GUILLERMINA.- Sí, madame. Ahí está. Como todas las tardes.

MADAME.- ¿Te habló ayer?

GUILLERMINA.- No... Salí de aquí y él me siguió. Fui hasta el Retiro porque la tarde era muy bonita. Anduve por la Rosaleda... **(Triste.)** Luego me fui a casa.

MADAME.- ¿Y él?

GUILLERMINA.- Nada... Siempre detrás de mí. Cuando yo

volvía la cabeza y le sorprendía se ponía colorado...

MADAME.- **(Transición.)** Guillermina, mírame.

GUILLERMINA.- ¡Madame!

MADAME.- ¡Mírame! Ayer no fuiste a la Rosaleda porque hacía una buena tarde, sino porque la Rosaleda te pareció un sitio romántico y solitario muy a propósito para que ese desconocido se dirigiera a ti... ¿No es así?

GUILLERMINA.- **(Sofocada.)** Por Dios, madame...

MADAME.- ¡A mí no puedes engañarme, Guillermina!

GUILLERMINA.- ¡Madame! Verá usted...

MADAME.- ¡Dime! ¿Es que estás enamorada de ese hombre?

GUILLERMINA.- **(Sin mirarla.)** No sé... Es la primera vez que me pasa una cosa así. Pero me gusta que pase. A otras muchachas de mi edad ya les ha ocurrido otras veces. A mí, no. Ésta es la primera. ¿Comprende usted, madame?

MADAME.- Creo que sí...

GUILLERMINA.- **(Se lanza con mimo y gozo sobre MADAME y la besa.)** Entonces, no me riña usted, madame... ¡No me riña! ¡Me parece que soy muy feliz!

(Y escapa corriendo hacia la salida.)

MADAME.- **(Con un temblor en la voz.)** ¡Guillermina!

(GUILLERMINA se detiene en la puerta, y sin moverse, se vuelve hacia MADAME.)

GUILLERMINA.- ¡Ah!, madame, gracias por haber tocado la canción de mi madre. Lo hizo usted muy bien. Mamá no lo hubiera hecho mejor...

MADAME.- ¡Oh!

GUILLERMINA.- ¡Muchas gracias!

MADAME.- Espera... ¿Cómo era tu madre, Guillermina?

GUILLERMINA.- **(Sonríe.)** No lo sé... Cuando ella murió mi padre rompió todos sus retratos. Sólo quiso conservar de ella el recuerdo que él tenía en la imaginación. Creo que la ve siempre vestida de novia. Yo no he sabido nunca cómo era; pero estoy segura de que fue una mujer extraordinaria... ¡Buenas tardes, madame!

(Y sale. Cuando MADAME se queda sola se lanza sobre el teléfono, marca un número y habla acongojada.)

MADAME.- Óigame... Llame a la señora. ¡Pronto! Es urgente... Sí... Gracias. **(Una pausa.)** ¿Es usted, Adela? Venga usted a mi casa. Necesito hablar con usted inmediatamente... Sí... Enseguida... Gracias.

(Y cuelga. Se dirige aprisa al balcón, lo entreabre y se adelanta a la balaustrada. Mientras PAULINA está fuera, por la puerta del fondo entra, orondo y feliz, LUCIANO.

Trae un magnífico ramo de flores en las manos y su rostro rebosante de felicidad.

Ve a MADAME en el balcón. Sonríe y espera. Ella entra, cierra las vidrieras del balcón y, al volverse, sorprende indignadísima a LUCIANO.)

LUCIANO.- ¡Buenas tardes!

MADAME.- ¡Usted! ¡Usted aquí!

LUCIANO.- El mismo. ¿No le dije que volvería? Señora: tengo mucho gusto en ofrecerle mi primer ramo de flores.

MADAME.- ¿El primero?

LUCIANO.- Sí, señora. He preferido empezar por los claveles. Es lo clásico.

MADAME.- Quiere usted decir que piensa volver otro día...

LUCIANO.- Y otro... Sí, señora. Muchos días. Ya sabe usted que por las tardes no hago nada.

MADAME.- **(Irónica.)** Pero, ¿no cree usted que le convendría una colocación?

LUCIANO.- **(Horrorizado.)** ¡Quia; no señora! Trabajar todo el día como cualquier tonto de esos que se hacen millonarios... ¡De ninguna manera! Perdería personalidad. Y además, créame usted, señora, el dinero es mucho más inútil de lo que parece. Yo en esto tengo mis ideas propias... Por dinero se adquieren muy pocas cosas interesantes. Por amor, algunas. Pero por una frase amable se compra la Humanidad... Un millonario puede ser puesto en ridículo; pero el que posee una fortuna de frases amables es invencible. Mire usted: yo tengo una fabulosa cuenta corriente de piropos... ¿Quiere usted que le haga un cheque?⁸

MADAME.- ¡¡No!! **(Seriamente.)** ¿Piensa usted dedicarme muchas de sus tardes libres?

LUCIANO.- **(Sonriente.)** Muchísimas.

MADAME.- ¡Oh! Amigo mío: todo esto es un juego peligroso, divertido y amable. Muy propio de un hombre desocupado. Pero yo tengo mucho que hacer. ¿Me permite usted? Hemos terminado. Buenas tardes.

LUCIANO.- **(Ríe contentísimo.)** Es curioso.

MADAME.- ¿Qué es lo que resulta curioso?

LUCIANO.- Lo que a mí me sucede en esta casa. Siempre que vengo me echan. Ayer la secretaria; hoy usted...

MADAME.- ¡Naturalmente! Eso sucede en todas las casas donde no está uno invitado.

LUCIANO.- Madame... Estoy seguro de que en París era usted más hospitalaria.

MADAME.- **(Sorprendida.)** ¿En París? ¿Qué quiere usted

decir?

LUCIANO.- (**Imperturbable.**) En París era usted todo lo contrario. Tenía usted una casa muy bonita junto al barrio de la Estrella⁹; los jueves por la noche daba usted unas reuniones muy animadas. Los invitados eran siempre los mismos: poetas, pintores, artistas... Gente alegre e ingeniosa. Usted era muy popular entre ellos por su afición a las camelias, como Margarita Gautier...¹⁰ «La bonne Marguerite». ¿No es cierto, madame Fleriot?

MADAME.- (**Mirándole fijamente. Descompuesta.**) ¿Quién es usted?

LUCIANO.- Luciano Vargas, agente de seguros... Nadie. (**Con una sombra de vaguedad en la voz.**) Ya, nadie. Si hace diez años, cuando yo vivía en París, con mi sueño de ser un artista, alguien me hubiera llevado a casa de la «bonne Marguerite», usted me hubiera recomendado a los mejores críticos. A los pintores más famosos... Y hasta es posible que hubiera usted hecho de mí un verdadero artista... La influencia de Paulina en aquella sociedad era tremenda.

MADAME.- Pero cómo sabe usted...

LUCIANO.- ¡Oh! Soy muy curioso. Creo que a todos los hombres inteligentes nos sucede lo mismo. Conozco al portero de esta casa por mis relaciones con la compañía de seguros. Le hice unas preguntas... El hombre es discretísimo. Pero sus pocas palabras fueron suficientes para enterarme de que madame Fleriot había llegado a Madrid, procedente de París, en el avión de Lisboa del 15 de diciembre... Hace seis meses. Su amiga Cristina la esperaba desde noviembre. En la oficina del avión tengo buenos amigos. Lo demás era fácil... Sólo tres mujeres llegaron en el avión del 15 de diciembre. Dos acompañadas. Una sola...¹¹ Pero el pasaje de esta mujer solitaria no estaba a nombre de madame Fleriot: la viajera era Paulina Rosas.

MADAME.- ¡¡Cállese!!

LUCIANO.- ¡Paulina Rosas! Bello nombre para una mujer de aventura... Tan seductora como el madame Fleriot de una profesora de amor.

MADAME.- ¡Oh!

LUCIANO.- Lo demás ha sido más fácil. Anoche, una conferencia a París. Me ha costado carísima. Todavía conservo algunos amigos de aquellos días de juventud. Paulina Rosas, madame Fleriot y «la bonne Marguerite» son una misma mujer... Usted...

MADAME.- Entonces... ¿Lo sabe usted todo?

LUCIANO.- De una mujer nunca se sabe todo. Pero conozco su vida en París durante dieciocho años. Ya le he dicho que la conferencia me ha costado carísima.

MADAME.- **(Con un frío espanto en los ojos.)** ¿Quiere usted decir que estoy en sus manos?

LUCIANO.- ¿Qué?

MADAME.- Siga... Continúe con su plan hasta el fin. Si en Madrid supieran mi verdadero nombre y mi vida en París durante estos dieciocho años, ni una sola mujer se acercaría a esta casa. Usted lo sabe. Las que ahora llaman a mi puerta se horrorizarían de recibir un consejo de amor de una mujer como yo. Todo habría fracasado... esta aventura, esta nueva vida. Hable usted. ¿Qué pretende? ¿Qué quiere usted de mí? Pida usted. Ya le he dicho que estoy en sus manos.

(Una larga pausa. LUCIANO la mira intensamente. Al fin sonrío con una inefable melancolía, se dirige a la mesa camilla, toma el ramo de claveles y va hacia la salida.)

LUCIANO.- Buenas tardes, señora...

MADAME.- ¿Qué hace usted?

LUCIANO.- Me he equivocado. Nos hemos equivocado los dos.
(Acaricia suavemente los claveles.) Y me voy.

MADAME.- ¿Adónde?

LUCIANO.- ¡Al hogar de los solitarios! A la calle. Buenas tardes, madame Fleriot. Le regalaré estos claveles a la muchacha que vende cigarrillos en el restaurante... Y usted no tema, madame. No me volverá usted a ver más. **(Sonríe.)** Buenas tardes.

MADAME.- **(Se coloca en la puerta del fondo interceptándole el paso.)** ¡Espere!

LUCIANO.- ¡Señora!

MADAME.- Si esto no es un chantaje... ¿Qué significa su actitud? ¿Por qué se introduce usted en mi vida?

LUCIANO.- ¡Señora! **(Contempla sus claveles y sonrío.)** Madame Fleriot es una mujer que conoce mucho a los hombres. En París, a lo largo de dieciocho años, madame ha conocido y amado a los triunfadores, a los ambiciosos. Pero, sin embargo, hay otra clase de hombres que no han llegado a usted nunca: son los hombres como yo. Hombres sin ambición, sostenidos nada más que por la alegría de ver la vida, felices en medio de esta melancolía de la soledad. ¿Sabe usted lo que es la vida de un hombre solo, Paulina? Un hombre solo, esto que jovialmente se llama un hombre libre y soltero, es un ser condenado a amar frenéticamente todo lo que le rodea: lo mismo da un pájaro que una flor o una mujer... Lo peor es cuando nos da por amar la felicidad ajena y terminamos enamorándonos en secreto de las mujeres de los amigos... Se pasa muy mal. Además, a los amigos les molesta mucho... Un solitario es ese invitado que abandona el último las reuniones porque tiene miedo a la noche larga en una alcoba triste. Un solitario es un hombre que acaba olvidándose de sí mismo y sólo tiene los ojos abiertos para contemplar la aventura ajena. Somos como los niños: dichosos con la felicidad de los

héroes... Usted ayer fue mi heroína, señora. Por eso me ha fascinado usted; por eso le he comprado estos claveles y llamé a París; por eso he pasado toda una noche soñando con esta mujer misteriosa que vende recetas de amor en un piso de la Gran Vía...
(Transición. Sonríe.) Pero no era un chantaje, señora. ¡Se lo juro!

MADAME.- **(Con emoción.)** ¡Luciano! ¿Qué clase de hombre es usted?

LUCIANO.- **(Da un paso.)** Buenas tardes, señora.

MADAME.- ¡No! **(Él se detiene.)** Devuélvame usted esos claveles... Son míos.

LUCIANO.- ¡Señora!

(PAULINA marcha con el ramo hasta el piano. Allí, en silencio, ordena las flores en el florero. Una pausa. Habla sin volverse.)

MADAME.- Perdóneme... ¿Quiere usted que luego, al anochecer, tomemos juntos una taza de té?

LUCIANO.- ¡Señora!

(Va hacia ella alegre y conmovido. Ella le tiende la mano, que él besa.)

MADAME.- Le espero...

LUCIANO.- ¡Gracias! No faltaré.

(Y sale deprisa por el fondo. Cuando PAULINA se queda sola, se deja caer en un sillón y se tapa la cara con las manos.)

Una pausa y entra CRISTINA.)

CRISTINA.- ¡Paulina! ¿Estás llorando?

MADAME.- **(Con la voz un poco velada.)** Sí.

CRISTINA.- ¡Oh! ¿Por qué?

MADAME.- Por muchas cosas, mi pobre Cristina: porque hay un hombre que de un amor que dura tanto como su vida sólo quiere recordar a la amada vestida con el traje de novia; porque hace unos momentos ahí, en ese piano, una canción muy antigua y muy triste se me ha metido en el alma. Y porque yo, que siempre he conseguido lo que me he propuesto...

CRISTINA.- ¡Digo! Eso sí.

MADAME.- Sólo una cosa no me dejan conseguir. ¡Olvidar!

CRISTINA.- ¡Vaya! **(Suspira.)** Me harás llorar a mí también. A menudo pienso que no debimos volver de París. Esto es muy atrevido.

MADAME.- ¡París! No, Cristina. Ya no podría alejarme de todo lo que me rodea. ¿Lo comprendes? Puedo ver a mi hija todos los días... Me necesitan estas mujeres que acuden a mí, esas chiquillas llenas de ilusión y de vida. ¿No es maravilloso que la experiencia amarga de una aventurera sirva ahora para enseñar a las demás mujeres cómo se gana el verdadero amor? ¡Ese amor que una esposa tiene que disputarle a una amante, ese amor que una muchacha pura y alegre tiene que defender de cualquier canalla que pasa por la calle! No, Cristina. ¡A París no volveremos nunca! ¡Madame Fleriot aquí para siempre, en su academia de amor! **(Una sonriente transición.)** Ea; se acabaron las lágrimas de Paulina Rosas... **(En su tono voluble.)** Por cierto ¿cuántos casos tenemos para hoy?

CRISTINA.- Uno... Estamos a primeros de mes. Ya sabes; las mujeres, cuando tienen dinero y van de compras no se acuerdan de que son desgraciadas... Luego, a las ocho, vendrá una viuda desconsolada... Me parece que está un poco neurasténica. Dice que todos los días se le aparece su marido...

MADAME.- Que se vuelva a casar.

CRISTINA.- ¿No te digo que no puede olvidar a su marido?

MADAME.- No importa. Si se casa con otro, yo estoy segura de

que el muerto no cometerá la incorrección de aparecer a diario...¹²
¿Algo más?

CRISTINA.- Nada. Es decir, nuestra huésped, la que llegó ayer dispuesta a suicidarse...

MADAME.- ¿Has hablado con ella?

CRISTINA.- ¡Imposible! Desde anoche está encerrada en el gabinete. Está leyendo *Vinieron las Lluvias*¹³.

MADAME.- ¿Es posible?

CRISTINA.- Tú verás... A medianoche me llamó y me dijo que le diera algo para leer. Y le di *Vinieron las Lluvias*. Son las seis de la tarde y todavía no ha salido del gabinete. Creo que va por el capítulo de la inundación... No te digo más.

MADAME.- ¡Oh!

CRISTINA.- Mira; aquí está... Por lo visto ya se ha enterado de los que se salvan...

(Aparece DIANA. Entra tímidamente y muy pálida. Trae un libro debajo del brazo.)

DIANA.- Madame... ¿No estorbo? ¿Puedo entrar?

MADAME.- ¡Oh! **(Sonríe.)** . La esperaba. Tiene usted tanto que decirme...

(CRISTINA sale por el fondo y al salir corre las cortinas.)

DIANA.- Madame, estoy muy agradecida a su hospitalidad. Si no hubiera sido por usted, yo ya no viviría...

MADAME.- ¡Oh!

DIANA.- Estoy muy avergonzada. ¡Qué pensará usted de mí, de nosotros! ¡Un hombre y una mujer que se engañan mutuamente!

MADAME.- Pche... No crea. Estoy muy acostumbrada. Todos

los días, a las ocho, me cuentan cosas de estas. Claro que su caso es un poco más complicado... Y usted es más bonita.

DIANA.- Gracias.

MADAME.- Es usted mi invitada desde ayer y todavía no sé cómo se llama...

DIANA.- Diana.

MADAME.- **(Le coge suavemente el libro que tiene en las manos.)** Es muy aficionada a leer novelas, ¿verdad, Diana?

DIANA.- Sí, madame.

MADAME.- Y yo estoy segura de que por las noches tiene usted grandes insomnios, ¿no es cierto?

DIANA.- Sí, madame.

MADAME.- ¿Y qué piensa usted cuando no puede dormir?

DIANA.- ¡Oh! **(Sonríe.)** Fantasías, locuras. Me invento yo cosas a mi gusto... ¿Cómo lo sabe usted, madame?

MADAME.- Soy yo la que pregunta, Diana... ¿Qué ha sucedido entre su marido y usted?

DIANA.- ¡Oh! Las cosas han ocurrido como si no pasara nada. Yo amaba a mi marido con toda mi alma. Mi marido es un hombre muy interesante. Se lo aseguro. Yo no puedo querer a un hombre si no es muy interesante. Guillermo también lo es.

MADAME.- ¿Quién es Guillermo?

DIANA.- **(Con naturalidad.)** ¡Por Dios, madame! El otro.

MADAME.- ¡Ah, ya! Me olvidaba de que había otro. Siga...

DIANA.- Verá usted... Hace dos meses averigüé que mi marido me engañaba. Bueno, realmente no fue una sorpresa. Me lo contó él mismo.

MADAME.- ¡Qué extraño!

DIANA.- No, no. Es que mi marido tiene un defecto: sueña en voz alta.

MADAME.- Ya... Y usted, naturalmente, le despertó.

DIANA.- No... **(Sonríe.)** No pude. No puedo precisar lo que pasó aquella noche. Yo oía que en sueños mi marido pronunciaba el nombre de otra mujer... Se llamaba Margarita... Y fue una cosa rara, madame... Yo sentí que mi marido era tan dichoso en su sueño, tan dichoso que no tuve valor para despertarlo. Pasé la noche sin dormir, imaginando cómo sería la felicidad de mi marido con aquella mujer. Le quería tanto que yo misma era un poco feliz aquella noche con la felicidad de mi marido... Lo horrible fue a la mañana siguiente, cuando él me dio el beso de todos los días... **(Con un infinito dolor en la voz.)** Le descubrí su propio sueño. Fue horrible, madame... Se fue, me dejó sola y volvió a los pocos días. Me juró que había terminado con su amante y me pidió perdón. Pero yo no podía perdonarle.

MADAME.- ¿Por qué, Diana? Estas cosas pasan en muchos matrimonios.

DIANA.- No, madame... No le podía perdonar. Habíamos sido tan dichosos... Sólo le hubiera perdonado si hubiera sabido que con la otra era más feliz que conmigo. ¿Le parece a usted extraño?

MADAME.- Todo en usted es extraño, Diana.

DIANA.- Le pedí un poco de tiempo para pensarlo; unos días de soledad... Y me fui a Mallorca... ¿Usted ha estado en Mallorca?

MADAME.- No.

DIANA.- ¡Qué raro! Todo el mundo ha estado en Mallorca... Allí fue. Una mañana, visitando las cuevas del Drach... ¡Oh, es maravilloso! De pronto apagan las luces y por el lago llega una barca iluminada, con cinco músicos que tocan un nocturno de Chopin...¹⁴ Es emocionante. Yo soy muy romántica y se me saltaron las lágrimas. A mi lado había un muchacho muy alto y muy simpático. Me cogió del brazo y me dijo: «Señorita, es usted muy sensible». Allí empezó todo; la culpa fue de Chopin.

MADAME.- ¡Quia!, no lo crea usted... La culpa en estos casos es de la oficina de Turismo. Lo tiene todo muy bien organizado.

DIANA.- Cuando encendieron la luz de la cueva nos hicimos amigos... Comenzó a acompañarme. Por la noche paseábamos juntos por las afueras de Palma, por la orilla del mar. Eran unas noches de luna inolvidables... **(Sonríe.)** Madame, la luna no la prepara la oficina de Turismo.

MADAME.- Pero la aprovecha, hija mía. Son tremendos.

DIANA.- Yo no tuve valor para confesarle que era casada. Y cuando le tuve enamorado se me ocurrió... una locura. **(Calla de pronto.)** .

MADAME.- Diga...

DIANA.- Pensé que estaba en mis manos la ocasión de averiguar cómo era la sensación de engañar... Podría comprender así a mi marido, saber si el pecado de engañar daba tanta felicidad a quien engaña que merecía la pena perdonarle... Y me enamoré un poco de Guillermo.

MADAME.- ¡Diana!

DIANA.- Lo demás ya puede usted figurárselo. Volví de Mallorca. Guillermo se quedó en Barcelona. Mi marido me aguardaba más enamorado de mí que nunca...

MADAME.- **(Con curiosidad.)** ¿Le perdonó usted?

DIANA.- No... **(Con la cabeza más que con la voz.)** No pude. No merece la pena engañar. Es muy amargo y muy triste. **(Solloza.)** ¡¡Es horrible!!

MADAME.- ¡Diana!

DIANA.- Pero, qué pensará de mí, madame... ¡Dios mío, qué vergüenza! No puedo más.

(Y, toda sofocada, roja, escapa corriendo como una niña por donde entró. Aparece

CRISTINA en el fondo, entre las cortinas.)

MADAME.- ¿Has oído?

CRISTINA.- Sí. ¡Qué mujer más extraña!

MADAME.- Es un ángel... Nunca sabrá ese hombre cuánto tesoro de amor hay en esa criatura.

CRISTINA.- ¿Qué hombre? ¿Cuál de los dos?

MADAME.- Ve... Acompáñala. No la dejes sola.

CRISTINA.- Descuida... Le daré *Lo que el viento se llevó*¹⁵. Y tan contenta.

(Sale tras de DIANA. PAULINA está sola.

Anochece suavemente. MADAME enciende una pantalla sobre el piano. En el fondo, entre las cortinas, surge silenciosamente

ADELA.)

ADELA.- (Suave.) Madame...

MADAME.- ¡Usted, al fin! Creí que no llegaba... Vamos, dígame pronto. ¿Qué sucedió anoche?

ADELA.- Nada... Una noche como todas... Mi marido llegó a casa al anocheecer. Durante la cena me preguntó, por cortesía, naturalmente, ¡como es tan correcto!, que dónde había pasado la tarde. Yo le dije lo que se dice siempre: de compras. Y le hizo gracia...

MADAME.- ¡Qué poco vulgar es su marido!

ADELA.- Luego me dijo... Eso sí fue algo extraño.

MADAME.- (Interesada.) Hable... ¿Qué fue?

ADELA.- Se me quedó mirando y me dijo: «Adela, si tú hubieras sentido alguna tarde la necesidad espiritual de pasear por la Rosaleda...».

MADAME.- ¡Oh!

ADELA.- Yo le pregunté que por qué precisamente por la

Rosaleda. Y me contestó furioso que por la Rosaleda, por el Parque del Oeste o por la Ciudad Universitaria, que era igual. Pero que era preferible la Rosaleda... Yo no supe qué contestarle. Esta mañana salí temprano y fui a la Rosaleda. Pero, la verdad, madame, yo no le he encontrado nada de particular... ¿Qué significa esto, madame? ¿Lo adivina usted?

MADAME.- Adela, mi pobre Adela... Esto significa que estamos llegando al día más difícil de su matrimonio...

ADELA.- Madame, ¡no me asuste! ¿Mi marido tiene una amante?

MADAME.- No... Es muchísimo peor.

DIANA.- ¿Es que está enamorado de otra mujer?

MADAME.- Eso es posible, Adela...

ADELA.- **(Se tapa la cara con las manos.)** ¡Dios mío! ¡Pobre de mí!

MADAME.- ¡Adela!

ADELA.- ¡Qué horror! ¿Cómo lo ha sabido usted, madame?

MADAME.- Es mi secreto.

ADELA.- ¿La conoce usted?

MADAME.- Sí.

ADELA.- ¡Oh! ¿Es... bonita?

MADAME.- Es un sueño.

ADELA.- ¿No puede usted decirle la verdad?

MADAME.- ¿Qué verdad? ¿Que su marido no es un hombre libre? ¡Jamás! No quiero que ella comience su vida con una amargura, no quiero que su primera ilusión sea un desengaño que la haga aborrecer el amor, los hombres y la vida. ¡No quiero hacerla desgraciada! Eso, no. Es preciso obrar de otra manera. **(De pronto, pensativa.)** . Esta noche, si...

ADELA.- ¿Esta noche?

MADAME.- Sí, Adela, necesito que esta noche sea usted un poco actriz.

ADELA.- ¡Pobre de mí!

MADAME.- Por favor: no diga usted siempre «pobre de mí»... No le va. Esa frase no la usan más que las mujeres que consiguen siempre lo que quieren. Y usted no es de esas...

ADELA.- (Triste.) No, claro que no...

MADAME.- Esta noche, durante la cena, es preciso que se comporte usted como si estuviera muy preocupada...

ADELA.- Lo estoy. Saldrá bien...

MADAME.- Mejor... Al terminar le dice usted a su marido estas palabras: «Oye, no tengo más remedio que salir...».

ADELA.- (Alarmadísima.) ¡Pero, madame...! ¡Yo, sola! ¡Y de noche! No lo permitiré.

MADAME.- ¡Ojalá! Pero me temo que sí.

ADELA.- Sí, es posible. Tiene tanta confianza en mí...

MADAME.- Demasiada confianza... Me lo figuro. Los hombres son tan egoístas, que cuando se les acaba el amor por una mujer inventan lo de la confianza y se sienten más cómodos... Pero esta noche hay que destruir esa confianza. Aunque él se oponga, es necesario que usted salga sola...

ADELA.- ¡Madame!

MADAME.- Invente usted un pretexto, pero naturalmente que se vea que es un pretexto... Una partida de «póker» con señoras solas. ¿Usted sabe mentir?

ADELA.- Nada...

MADAME.- Amiga mía, carece usted de toda preparación para la felicidad... De todas formas, esta noche conviene que se ponga usted un poco colorada para decir lo del «póker»...

ADELA.- ¡Me pondré! Estoy segura.

MADAME.- Luego se viste usted con el traje de noche más

atrevido que tenga... Eso es. Y cuidado con el maquillaje. No se ponga usted demasiado guapa; que no parezca que va usted a una reunión de señoras: ya sabe usted que a las mujeres donde más nos gusta lucirnos es precisamente entre las mujeres... Arréglese usted discretamente, como para una cita íntima... Un poco de «rouge», nada más. Déle usted un beso y márchese...

ADELA.- **(Apuradísima.)** Pero, madame, ¿qué quiere usted que haga yo a las once de la noche, en la calle, y vestida con un traje largo?

MADAME.- Tome un taxi y venga usted aquí. Pasaremos la velada juntas, las dos solas.

ADELA.- ¡Ah!

MADAME.- ¿Comprende usted ahora? **(Cariñosa.)** Si su marido reacciona, es que la quiere, y volverá usted a ser dichosa. Si no, le ha perdido usted para siempre...

ADELA.- **(Emocionadísima.)** Sí, madame... Haré lo que usted me ha dicho. Sí, sí... Voy a prepararlo todo. Muchas gracias, madame.

MADAME.- Vaya usted... La espero.

ADELA.- Sí, sí. Procuraré no ponerme muy nerviosa... ¡Dios mío! Si pudiera ser...

(Y sale. MADAME, sola junto al piano, la ve marchar con una sonrisa.)

MADAME.- ¡Pobres mujeres!

(Luego, maquinalmente, sus manos sobre el teclado preludian la suave melodía del

«Vals de las velas». Al cabo, entra

LUCIANO. Llega hasta ella

silenciosamente. Una pausa.)

LUCIANO.- ¿Qué música es ésta, madame? Es bonita...

MADAME.- Viejos recuerdos... En esta música está la otra vida de Paulina, que usted todavía no conoce...

LUCIANO.- Siga usted tocando, por favor... (MADAME sigue tocando mientras él habla.) Me gusta. Yo soy muy sentimental... Sobre todo esta tarde me siento terriblemente sentimental. Esto me ha pasado dos o tres veces en mi vida. Siempre que he empezado a enamorarme... Madame, me parece que me estoy enamorando... Madame, creo que estoy completamente enamorado de usted. Pero, siga usted tocando, por favor...

TELÓN

Acto II

△▽

El mismo decorado. En escena, PAULINA, GUILLERMINA, ISABEL, MARCELA y dos o tres muchachas más, de la misma juvenil presencia que las primeras. MADAME FLERIOT está en pie, en el centro del escenario. Las muchachas, situadas en grupo hacia la izquierda, unas en pie y otras sentadas, escuchan atentamente. MADAME habla con un gracioso tono doctoral.

MADAME.- Hijas mías... Platón y Lorenzo de Médicis coincidían en afirmar que el amor es un deseo de belleza...⁵ Pero la teoría es demasiado pagana y muy superficial. La belleza no es el mayor encanto del amor. Feas y bonitas, todas se pueden casar. Señoritas: la belleza da muchos disgustos...

MARCELA.- (Suspira cómicamente.) ¡Ay, sí!

ISABEL.- ¿Qué dices?

MARCELA.- (Como una vampiresa de cine.) ¡Si lo sabré yo!

GUILLERMINA.- ¡Chis!

MADAME.- El amor no es más que un problema de educación.

Los hombres maleducados no saben hacer el amor. No hay nada más aburrido que un hombre maleducado... Sólo resultan divertidos cuando se enfadan. **(Ríe MARCELA.)** ¿Por qué te ríes, Marcela?

MARCELA.- Es que me acuerdo de mi tío Cándido.

MADAME.- Yo estoy segura de que tu tío Cándido no es un hombre maleducado. Será un caballero a la antigua.

MARCELA.- Sí, madame. Pero ya sabe usted lo que se quiere decir cuando se dice de un hombre que es un caballero a la antigua... **(Ríen las chicas.)** Son los más brutos. **(Risas⁶.)**

MADAME.- Sigamos... En la historia del mundo, el amor progresa al mismo tiempo que la civilización. Hay tres cosas que han adelantado mucho: el confort, los viajes y el amor. En realidad, son las tres cosas que embellecen la vida... Y si de la diligencia al avión hay una gran diferencia, no es menor avance el nuestro que, de la mujer esclava de los primeros tiempos del mundo, hemos pasado a ser la esposa libre y alegre de nuestros días. Es una suerte para vosotras, hijas mías, vivir en la mitad del siglo XX, cuando el amor se entiende como un perpetuo homenaje a la mujer. En la Edad Media, el amor debió ser molestísimo...

MARCELA.- ¡Ay, sí!

GUILLERMINA.- **(Romántica.)** ¡A mí me gustan los trovadores!

MARCELA.- Muy cursis.

MADAME.- Cursilísimos, Guillermina.... Conquistaban, a veces, a las mujeres porque en la Edad Media las mujeres se aburrían mucho. Y a una mujer aburrida la conquista cualquiera... Esto explica los grandes éxitos de los donjuanes. Don Juan sólo enamora a las mujeres aburridas y poco inteligentes. Con las mujeres de talento, Don Juan fracasa. Don Juan es tonto.

MARCELA.- ¿Tonto?

MADAME.- De remate, Marcela... Señoritas, cuidado con Don

Juan. Lo peor no es que se burle; lo peor es que resulta muy pesado... **(Se detiene. Ahora está en medio del grupo que forman las muchachas. Las mira con alegría, acaricia a alguna y sonrío.)** Un momento... Hasta ahora, en nuestras charlas siempre os he hablado de cómo debéis interpretar el amor, a juicio mío... Os he advertido de las tretas de tanto pobre hombre decidido a ser irresistible. Pero hoy debemos ir un poco más lejos... **(Sonríe.)** Yo quisiera que esta tarde cada una de vosotras me descubriese un secreto. Lo más bello de cada mujer es su sueño de amor. Dios nos envía a la vida para amar... Para querer a un hombre, para adorar a unos hijos. Pero antes que el amor viene el sueño. **(Mirándolas con ternura.)** Vosotras sois muy jóvenes todavía... No os ha llegado el momento del amor. Pero bien sé yo cuántos sueños hay en estas cabecitas... Quiero que ahora mismo cada una de vosotras nos cuente cómo entiende el amor ideal.

(Las chicas se alborotan bulliciosas y ruborizadas.)

MARCELA.- ¡Ay, madame!

ISABEL.- ¡Oh!

GUILLERMINA.- No, no...

OTRA.- ¡Ay, no! Eso no...

OTRA.- No, no... Yo, no...

(Todas ríen y hablan al tiempo.)

OTRA.- ¡Ay, qué apuro!

MADAME.- ¡Silencio! Marcela...

MARCELA.- ¡Madame!

MADAME.- Tú, la primera.

TODAS.- ¡Sí, sí!

MARCELA.- Madame... **(Ruborizadísima.)** Me da mucha vergüenza.

(Ríen las otras.)

MADAME.- ¡Silencio! Habla, Marcela... ¿Cómo entiendes tú el amor?

MARCELA.- ¿Yo? Yo... bueno. Se van a reír de mí.

(Risas.)

MADAME.- ¡Chis!

MARCELA.- Yo... **(Va venciendo poco a poco su azoramiento. Las otras la oyen con el rostro risueño y los ojos muy abiertos por la curiosidad.)** Je... Yo sería muy feliz si se enamorara de mí un hombre muy alto, con los hombros así, con el pelo un poco rizado, pero no mucho. Un muchacho fuerte, que estuviese siempre muy contento. A mí me gustaría llegarle al hombro; nada más que al hombro... Uno de estos hombres que siempre le dicen a una: «Vamos, pequeña». Y una contesta: «OK, chico». **(Ríen alborozadas las muchachas.)** ¡Ay!

GUILLERMINA.- ¡Bravo!

OTRA.- ¡Estupendo!

MADAME.- **(Atrayendo hacia sí a MARCELA.)** ¡Marcela! Vas demasiado al cine. Pero eres una mujercita muy femenina y serás muy feliz, porque el hombre que tú sueñas es el que más abunda...

MARCELA.- ¡Ay, no, madame! Eso sí que no.

MADAME.- Veamos... Otra. **(Expectación. MADAME sonríe.)** Tú... Isabel.

ISABEL.- **(Rápidamente.)** No.

MADAME.- ¿Cómo?

ISABEL.- **(Negando incluso con la cabeza.)** No, no, madame. Por favor... Se lo ruego.

MADAME.- **(Sorprendida.)** ¡Isabel!

ISABEL.- No puedo... No quiero... ¡Yo no creo en el amor!

MADAME.- ¡Isabel! ¿Qué locuras dices?

ISABEL.- Es la verdad, madame... **(Con infinita amargura.)** El amor es mentira, mentira... Lo sé desde que era una niña.

MADAME.- ¿Tú?

ISABEL.- Sí... Mis padres no se han querido nunca. **(Va bajando la voz de un modo insensible.)** No sé por qué se casaron... Y cuando yo quiero pensar en un amor bonito, como Marcela y como las demás, la imaginación se me llena con el recuerdo de mis padres, con su desgracia, y creo que el amor es sólo eso: riñas y lágrimas... **(Esconde la cabeza entre las manos. Un silencio.)** .

MARCELA.- ¡Niña!

GUILLERMINA.- ¡Isabelina!

OTRA.- ¡Qué boba eres!

MADAME.- **(La acoge y la acaricia el pelo.)** ¡Pobre criatura! ¡Qué han hecho contigo!

ISABEL.- ¡Madame!

MADAME.- ¿No has soñado nunca, Isabel?

ISABEL.- ¿Soñar? **(Amargamente.)** ¿Para qué? La verdad es lo otro: lo que yo he visto.

MADAME.- **(Dulcemente.)** ¡Calla! La verdadera vida de una mujer no está en lo que ve, sino en lo que siente... ¿Oyes?

ISABEL.- Sí. Sí, madame.

MADAME.- **(Transición.)** Bueno... ¡Otra!

UNA MUCHACHA.- ¿Yo?

OTRA.- ¿Yo?

MADAME.- No... Ahora tú, Guillermina.

GUILLERMINA.- ¡Ay, madame!

MADAME.- ¿Cómo entiendes tú el amor?

GUILLERMINA.- **(Ríe con rubor.)** No sé si sabré decirlo... Para

mí el amor es lo contrario que para Isabel... Mamá murió siendo yo una niña. Y desde entonces mi padre no ha querido a ninguna otra mujer.

MADAME.- ¿Estás segura, Guillermina?

GUILLERMINA.- Sí, estoy segura... ¿No es maravilloso, madame, que la quieran a una así?

MADAME.- Sí, es maravilloso...

GUILLERMINA.- Pues eso es el amor: el amor de mi padre. Todavía, después de tantos años, muchas noches papá me pide que toque al piano una canción inglesa muy antigua y muy dulce que era la canción favorita de mamá. Cuando mi padre la oye se le llenan los ojos de lágrimas. Es una canción un poco triste que cantan en Inglaterra para las despedidas...

MADAME.- ¡El «Vals de las velas»! ¿La canción de Nochevieja!

GUILLERMINA.- Sí, madame. Pero, ¿cómo lo sabe?

MADAME.- Tiene una letra que habla del pasado y del perdón... Es muy hermosa.

(Se acerca muy despacio al piano, levanta la tapa e inicia una melodía suave. Es el «Vals de las velas». Las chicas se acercan risueñas y rodean a PAULINA.)

GUILLERMINA.- **(Con alegría.)** ¡La sabe! ¿Oís?

MARCELA.- ¡Lo sabe todo!

ISABEL.- Calla... Es muy bonita...

OTRA.- ¡Chis!

(PAULINA sigue tocando. Las muchachas, al cabo, seducidas por la cadencia de la balada tararean todas en voz baja la melodía. Así, una pausa larga. Y entra CRISTINA.)

CRISTINA.- Madame, señoritas... ¡La hora!

(Cruza la escena y sale.)

LAS MUCHACHAS.- **(Desencantadas.)** ¡¡Oh!!

MADAME.- **(Sonríe y cierra el piano.)** Hijas mías, ha terminado la clase de hoy...

GUILLERMINA.- ¡No! ¡Todavía no!

MARCELA.- ¡No, madame!

ISABEL.- ¡Qué lástima!

OTRA.- ¡En lo mejor!

MADAME.- ¡Silencio! **(Ríe.)** Buenas tardes, señoritas. Es la hora. ¡Hasta mañana!

MARCELA.- Buenas tardes, madame.

MADAME.- ¡Adiós!

OTRA.- Hasta mañana...

OTRA.- Buenas tardes...

MADAME.- Adiós...

(Las muchachas se dirigen con vivacidad al fondo rodeando a MADAME, que las despide. Besa a alguna de ellas. Hablan todas a la vez. ISABEL queda la última. GUILLERMINA ha corrido al balcón, levanta un visillo y curiosear la calle. Cuando ISABEL va a salir, MADAME la detiene.)

MADAME.- ¡Isabel!

ISABEL.- **(Se detiene en la puerta.)** ¡Madame!

MADAME.- Ven aquí... Dame un beso. **(La besa.)** Buenas tardes, Isabel...

ISABEL.- Buenas tardes, madame...

(La muchacha sale corriendo. MADAME la ve alejarse, conmovida. Vuelve los ojos y ve a

GUILLERMINA pegada al balcón.)

MADAME.- ¡Guillermina!

GUILLERMINA.- (Sorpresa y ruborizada.) ¡Madame!

MADAME.- (En voz baja.) ¿Está ahí?

GUILLERMINA.- Sí, madame. Ahí está. Como todas las tardes.

MADAME.- ¿Te habló ayer?

GUILLERMINA.- No... Salí de aquí y él me siguió. Fui hasta el Retiro porque la tarde era muy bonita. Anduve por la Rosaleda... (Triste.) Luego me fui a casa.

MADAME.- ¿Y él?

GUILLERMINA.- Nada... Siempre detrás de mí. Cuando yo volvía la cabeza y le sorprendía se ponía colorado...

MADAME.- (Transición.) Guillermina, mírame.

GUILLERMINA.- ¡Madame!

MADAME.- ¡Mírame! Ayer no fuiste a la Rosaleda porque hacía una buena tarde, sino porque la Rosaleda te pareció un sitio romántico y solitario muy a propósito para que ese desconocido se dirigiera a ti... ¿No es así?

GUILLERMINA.- (Sofocada.) Por Dios, madame...

MADAME.- ¡A mí no puedes engañarme, Guillermina!

GUILLERMINA.- ¡Madame! Verá usted...

MADAME.- ¡Dime! ¿Es que estás enamorada de ese hombre?

GUILLERMINA.- (Sin mirarla.) No sé... Es la primera vez que me pasa una cosa así. Pero me gusta que pase. A otras muchachas de mi edad ya les ha ocurrido otras veces. A mí, no. Ésta es la primera. ¿Comprende usted, madame?

MADAME.- Creo que sí...

GUILLERMINA.- (Se lanza con mimo y gozo sobre MADAME y la besa.) Entonces, no me riña usted, madame... ¡No me riña! ¡Me parece que soy muy feliz!

(Y escapa corriendo hacia la salida.)

MADAME.- (Con un temblor en la voz.) ¡Guillermina!

(GUILLERMINA se detiene en la puerta, y sin moverse, se vuelve hacia MADAME.)

GUILLERMINA.- ¡Ah!, madame, gracias por haber tocado la canción de mi madre. Lo hizo usted muy bien. Mamá no lo hubiera hecho mejor...

MADAME.- ¡Oh!

GUILLERMINA.- ¡Muchas gracias!

MADAME.- Espera... ¿Cómo era tu madre, Guillermina?

GUILLERMINA.- (Sonríe.) No lo sé... Cuando ella murió mi padre rompió todos sus retratos. Sólo quiso conservar de ella el recuerdo que él tenía en la imaginación. Creo que la ve siempre vestida de novia. Yo no he sabido nunca cómo era; pero estoy segura de que fue una mujer extraordinaria... ¡Buenas tardes, madame!

(Y sale. Cuando MADAME se queda sola se lanza sobre el teléfono, marca un número y habla acongojada.)

MADAME.- Óigame... Llame a la señora. ¡Pronto! Es urgente... Sí... Gracias. (Una pausa.) ¿Es usted, Adela? Venga usted a mi casa. Necesito hablar con usted inmediatamente... Sí... Enseguida... Gracias.

(Y cuelga. Se dirige aprisa al balcón, lo entreabre y se adelanta a la balaustrada. Mientras PAULINA está fuera, por la puerta del fondo entra, orondo y feliz, LUCIANO. Trae un magnífico ramo de flores en las manos y su rostro rebosante de felicidad. Ve a

MADAME en el balcón. Sonríe y espera. Ella entra, cierra las vidrieras del balcón y, al volverse, sorprende indignadísima a LUCIANO.)

LUCIANO.- ¡Buenas tardes!

MADAME.- ¡Usted! ¡Usted aquí!

LUCIANO.- El mismo. ¿No le dije que volvería? Señora: tengo mucho gusto en ofrecerle mi primer ramo de flores.

MADAME.- ¿El primero?

LUCIANO.- Sí, señora. He preferido empezar por los claveles. Es lo clásico.

MADAME.- Quiere usted decir que piensa volver otro día...

LUCIANO.- Y otro... Sí, señora. Muchos días. Ya sabe usted que por las tardes no hago nada.

MADAME.- (Irónica.) Pero, ¿no cree usted que le convendría una colocación?

LUCIANO.- (Horrorizado.) ¡Quia; no señora! Trabajar todo el día como cualquier tonto de esos que se hacen millonarios... ¡De ninguna manera! Perdería personalidad. Y además, créame usted, señora, el dinero es mucho más inútil de lo que parece. Yo en esto tengo mis ideas propias... Por dinero se adquieren muy pocas cosas interesantes. Por amor, algunas. Pero por una frase amable se compra la Humanidad... Un millonario puede ser puesto en ridículo; pero el que posee una fortuna de frases amables es invencible. Mire usted: yo tengo una fabulosa cuenta corriente de piropos... ¿Quiere usted que le haga un cheque?⁸

MADAME.- ¡¡No!! (Seriamente.) ¿Piensa usted dedicarme muchas de sus tardes libres?

LUCIANO.- (Sonriente.) Muchísimas.

MADAME.- ¡Oh! Amigo mío: todo esto es un juego peligroso, divertido y amable. Muy propio de un hombre desocupado. Pero yo tengo mucho que hacer. ¿Me permite usted? Hemos

terminado. Buenas tardes.

LUCIANO.- (**Ríe contentísimo.**) Es curioso.

MADAME.- ¿Qué es lo que resulta curioso?

LUCIANO.- Lo que a mí me sucede en esta casa. Siempre que vengo me echan. Ayer la secretaria; hoy usted...

MADAME.- ¡Naturalmente! Eso sucede en todas las casas donde no está uno invitado.

LUCIANO.- Madame... Estoy seguro de que en París era usted más hospitalaria.

MADAME.- (**Sorprendida.**) ¿En París? ¿Qué quiere usted decir?

LUCIANO.- (**Imperturbable.**) En París era usted todo lo contrario. Tenía usted una casa muy bonita junto al barrio de la Estrella⁹; los jueves por la noche daba usted unas reuniones muy animadas. Los invitados eran siempre los mismos: poetas, pintores, artistas... Gente alegre e ingeniosa. Usted era muy popular entre ellos por su afición a las camelias, como Margarita Gautier...¹⁰ «La bonne Marguerite». ¿No es cierto, madame Fleriot?

MADAME.- (**Mirándole fijamente. Descompuesta.**) ¿Quién es usted?

LUCIANO.- Luciano Vargas, agente de seguros... Nadie. (**Con una sombra de vaguedad en la voz.**) Ya, nadie. Si hace diez años, cuando yo vivía en París, con mi sueño de ser un artista, alguien me hubiera llevado a casa de la «bonne Marguerite», usted me hubiera recomendado a los mejores críticos. A los pintores más famosos... Y hasta es posible que hubiera usted hecho de mí un verdadero artista... La influencia de Paulina en aquella sociedad era tremenda.

MADAME.- Pero cómo sabe usted...

LUCIANO.- ¡Oh! Soy muy curioso. Creo que a todos los

hombres inteligentes nos sucede lo mismo. Conozco al portero de esta casa por mis relaciones con la compañía de seguros. Le hice unas preguntas... El hombre es discretísimo. Pero sus pocas palabras fueron suficientes para enterarme de que madame Fleriot había llegado a Madrid, procedente de París, en el avión de Lisboa del 15 de diciembre... Hace seis meses. Su amiga Cristina la esperaba desde noviembre. En la oficina del avión tengo buenos amigos. Lo demás era fácil... Sólo tres mujeres llegaron en el avión del 15 de diciembre. Dos acompañadas. Una sola...¹¹ Pero el pasaje de esta mujer solitaria no estaba a nombre de madame Fleriot: la viajera era Paulina Rosas.

MADAME.- ¡¡Cállese!!

LUCIANO.- ¡Paulina Rosas! Bello nombre para una mujer de aventura... Tan seductora como el madame Fleriot de una profesora de amor.

MADAME.- ¡Oh!

LUCIANO.- Lo demás ha sido más fácil. Anoche, una conferencia a París. Me ha costado carísima. Todavía conservo algunos amigos de aquellos días de juventud. Paulina Rosas, madame Fleriot y «la bonne Marguerite» son una misma mujer... Usted...

MADAME.- Entonces... ¿Lo sabe usted todo?

LUCIANO.- De una mujer nunca se sabe todo. Pero conozco su vida en París durante dieciocho años. Ya le he dicho que la conferencia me ha costado carísima.

MADAME.- **(Con un frío espanto en los ojos.)** ¿Quiere usted decir que estoy en sus manos?

LUCIANO.- ¿Qué?

MADAME.- Siga... Continúe con su plan hasta el fin. Si en Madrid supieran mi verdadero nombre y mi vida en París durante estos dieciocho años, ni una sola mujer se acercaría a esta casa. Usted lo sabe. Las que ahora llaman a mi puerta se horrorizarían

de recibir un consejo de amor de una mujer como yo. Todo habría fracasado... esta aventura, esta nueva vida. Hable usted. ¿Qué pretende? ¿Qué quiere usted de mí? Pida usted. Ya le he dicho que estoy en sus manos.

(Una larga pausa. LUCIANO la mira intensamente. Al fin sonrío con una inefable melancolía, se dirige a la mesa camilla, toma el ramo de claveles y va hacia la salida.)

LUCIANO.- Buenas tardes, señora...

MADAME.- ¿Qué hace usted?

LUCIANO.- Me he equivocado. Nos hemos equivocado los dos. **(Acaricia suavemente los claveles.)** Y me voy.

MADAME.- ¿Adónde?

LUCIANO.- ¡Al hogar de los solitarios! A la calle. Buenas tardes, madame Fleriot. Le regalaré estos claveles a la muchacha que vende cigarrillos en el restaurante... Y usted no tema, madame. No me volverá usted a ver más. **(Sonríe.)** Buenas tardes.

MADAME.- **(Se coloca en la puerta del fondo interceptándole el paso.)** ¡Espere!

LUCIANO.- ¡Señora!

MADAME.- Si esto no es un chantaje... ¿Qué significa su actitud? ¿Por qué se introduce usted en mi vida?

LUCIANO.- ¡Señora! **(Contempla sus claveles y sonrío.)** Madame Fleriot es una mujer que conoce mucho a los hombres. En París, a lo largo de dieciocho años, madame ha conocido y amado a los triunfadores, a los ambiciosos. Pero, sin embargo, hay otra clase de hombres que no han llegado a usted nunca: son los hombres como yo. Hombres sin ambición, sostenidos nada más que por la alegría de ver la vida, felices en medio de esta melancolía de la soledad. ¿Sabe usted lo que es la vida de un hombre solo, Paulina? Un hombre solo, esto que jovialmente se

llama un hombre libre y soltero, es un ser condenado a amar frenéticamente todo lo que le rodea: lo mismo da un pájaro que una flor o una mujer... Lo peor es cuando nos da por amar la felicidad ajena y terminamos enamorándonos en secreto de las mujeres de los amigos... Se pasa muy mal. Además, a los amigos les molesta mucho... Un solitario es ese invitado que abandona el último las reuniones porque tiene miedo a la noche larga en una alcoba triste. Un solitario es un hombre que acaba olvidándose de sí mismo y sólo tiene los ojos abiertos para contemplar la aventura ajena. Somos como los niños: dichosos con la felicidad de los héroes... Usted ayer fue mi heroína, señora. Por eso me ha fascinado usted; por eso le he comprado estos claveles y llamé a París; por eso he pasado toda una noche soñando con esta mujer misteriosa que vende recetas de amor en un piso de la Gran Vía...
(Transición. Sonríe.) Pero no era un chantaje, señora. ¡Se lo juro!

MADAME.- **(Con emoción.)** ¡Luciano! ¿Qué clase de hombre es usted?

LUCIANO.- **(Da un paso.)** Buenas tardes, señora.

MADAME.- ¡No! **(Él se detiene.)** Devuélvame usted esos claveles... Son míos.

LUCIANO.- ¡Señora!

(PAULINA marcha con el ramo hasta el piano. Allí, en silencio, ordena las flores en el florero. Una pausa.

Habla sin volverse.)

MADAME.- Perdóneme... ¿Quiere usted que luego, al anochecer, tomemos juntos una taza de té?

LUCIANO.- ¡Señora!

(Va hacia ella alegre y conmovido. Ella le tiende la mano, que él besa.)

MADAME.- Le espero...

LUCIANO.- ¡Gracias! No faltaré.

(Y sale deprisa por el fondo. Cuando PAULINA se queda sola, se deja caer en un sillón y se tapa la cara con las manos. Una pausa y entra CRISTINA.)

CRISTINA.- ¡Paulina! ¿Estás llorando?

MADAME.- (Con la voz un poco velada.) Sí.

CRISTINA.- ¡Oh! ¿Por qué?

MADAME.- Por muchas cosas, mi pobre Cristina: porque hay un hombre que de un amor que dura tanto como su vida sólo quiere recordar a la amada vestida con el traje de novia; porque hace unos momentos ahí, en ese piano, una canción muy antigua y muy triste se me ha metido en el alma. Y porque yo, que siempre he conseguido lo que me he propuesto...

CRISTINA.- ¡Digo! Eso sí.

MADAME.- Sólo una cosa no me dejan conseguir. ¡Olvidar!

CRISTINA.- ¡Vaya! (Suspira.) Me harás llorar a mí también. A menudo pienso que no debimos volver de París. Esto es muy atrevido.

MADAME.- ¡París! No, Cristina. Ya no podría alejarme de todo lo que me rodea. ¿Lo comprendes? Puedo ver a mi hija todos los días... Me necesitan estas mujeres que acuden a mí, esas chiquillas llenas de ilusión y de vida. ¿No es maravilloso que la experiencia amarga de una aventurera sirva ahora para enseñar a las demás mujeres cómo se gana el verdadero amor? ¡Ese amor que una esposa tiene que disputarle a una amante, ese amor que una muchacha pura y alegre tiene que defender de cualquier canalla que pasa por la calle! No, Cristina. ¡A París no volveremos nunca! ¡Madame Fleriot aquí para siempre, en su academia de amor! (Una sonriente transición.) Ea; se acabaron las lágrimas de Paulina Rosas... (En su tono voluble.) Por cierto ¿cuántos casos tenemos para hoy?

CRISTINA.- Uno... Estamos a primeros de mes. Ya sabes; las mujeres, cuando tienen dinero y van de compras no se acuerdan de que son desgraciadas... Luego, a las ocho, vendrá una viuda desconsolada... Me parece que está un poco neurasténica. Dice que todos los días se le aparece su marido...

MADAME.- Que se vuelva a casar.

CRISTINA.- ¿No te digo que no puede olvidar a su marido?

MADAME.- No importa. Si se casa con otro, yo estoy segura de que el muerto no cometerá la incorrección de aparecer a diario...¹²
¿Algo más?

CRISTINA.- Nada. Es decir, nuestra huésped, la que llegó ayer dispuesta a suicidarse...

MADAME.- ¿Has hablado con ella?

CRISTINA.- ¡Imposible! Desde anoche está encerrada en el gabinete. Está leyendo *Vinieron las Lluvias*¹³.

MADAME.- ¿Es posible?

CRISTINA.- Tú verás... A medianoche me llamó y me dijo que le diera algo para leer. Y le di *Vinieron las Lluvias*. Son las seis de la tarde y todavía no ha salido del gabinete. Creo que va por el capítulo de la inundación... No te digo más.

MADAME.- ¡Oh!

CRISTINA.- Mira; aquí está... Por lo visto ya se ha enterado de los que se salvan...

(Aparece DIANA. Entra tímidamente y muy pálida.

Trae un libro debajo del brazo.)

DIANA.- Madame... ¿No estorbo? ¿Puedo entrar?

MADAME.- ¡Oh! **(Sonríe.)** . La esperaba. Tiene usted tanto que decirme...

(CRISTINA sale por el fondo y al salir corre las

cortinas.)

DIANA.- Madame, estoy muy agradecida a su hospitalidad. Si no hubiera sido por usted, yo ya no viviría...

MADAME.- ¡Oh!

DIANA.- Estoy muy avergonzada. ¡Qué pensará usted de mí, de nosotros! ¡Un hombre y una mujer que se engañan mutuamente!

MADAME.- Pche... No crea. Estoy muy acostumbrada. Todos los días, a las ocho, me cuentan cosas de estas. Claro que su caso es un poco más complicado... Y usted es más bonita.

DIANA.- Gracias.

MADAME.- Es usted mi invitada desde ayer y todavía no sé cómo se llama...

DIANA.- Diana.

MADAME.- **(Le coge suavemente el libro que tiene en las manos.)** Es muy aficionada a leer novelas, ¿verdad, Diana?

DIANA.- Sí, madame.

MADAME.- Y yo estoy segura de que por las noches tiene usted grandes insomnios, ¿no es cierto?

DIANA.- Sí, madame.

MADAME.- ¿Y qué piensa usted cuando no puede dormir?

DIANA.- ¡Oh! **(Sonríe.)** Fantasías, locuras. Me invento yo cosas a mi gusto... ¿Cómo lo sabe usted, madame?

MADAME.- Soy yo la que pregunta, Diana... ¿Qué ha sucedido entre su marido y usted?

DIANA.- ¡Oh! Las cosas han ocurrido como si no pasara nada. Yo amaba a mi marido con toda mi alma. Mi marido es un hombre muy interesante. Se lo aseguro. Yo no puedo querer a un hombre si no es muy interesante. Guillermo también lo es.

MADAME.- ¿Quién es Guillermo?

DIANA.- (Con naturalidad.) ¡Por Dios, madame! El otro.

MADAME.- ¡Ah, ya! Me olvidaba de que había otro. Siga...

DIANA.- Verá usted... Hace dos meses averigüé que mi marido me engañaba. Bueno, realmente no fue una sorpresa. Me lo contó él mismo.

MADAME.- ¡Qué extraño!

DIANA.- No, no. Es que mi marido tiene un defecto: sueña en voz alta.

MADAME.- Ya... Y usted, naturalmente, le despertó.

DIANA.- No... (Sonríe.) No pude. No puedo precisar lo que pasó aquella noche. Yo oía que en sueños mi marido pronunciaba el nombre de otra mujer... Se llamaba Margarita... Y fue una cosa rara, madame... Yo sentí que mi marido era tan dichoso en su sueño, tan dichoso que no tuve valor para despertarlo. Pasé la noche sin dormir, imaginando cómo sería la felicidad de mi marido con aquella mujer. Le quería tanto que yo misma era un poco feliz aquella noche con la felicidad de mi marido... Lo horrible fue a la mañana siguiente, cuando él me dio el beso de todos los días... (Con un infinito dolor en la voz.) Le descubrí su propio sueño. Fue horrible, madame... Se fue, me dejó sola y volvió a los pocos días. Me juró que había terminado con su amante y me pidió perdón. Pero yo no podía perdonarle.

MADAME.- ¿Por qué, Diana? Estas cosas pasan en muchos matrimonios.

DIANA.- No, madame... No le podía perdonar. Habíamos sido tan dichosos... Sólo le hubiera perdonado si hubiera sabido que con la otra era más feliz que conmigo. ¿Le parece a usted extraño?

MADAME.- Todo en usted es extraño, Diana.

DIANA.- Le pedí un poco de tiempo para pensarlo; unos días de soledad... Y me fui a Mallorca... ¿Usted ha estado en Mallorca?

MADAME.- No.

DIANA.- ¡Qué raro! Todo el mundo ha estado en Mallorca... Allí fue. Una mañana, visitando las cuevas del Drach... ¡Oh, es maravilloso! De pronto apagan las luces y por el lago llega una barca iluminada, con cinco músicos que tocan un nocturno de Chopin...¹⁴ Es emocionante. Yo soy muy romántica y se me saltaron las lágrimas. A mi lado había un muchacho muy alto y muy simpático. Me cogió del brazo y me dijo: «Señorita, es usted muy sensible». Allí empezó todo; la culpa fue de Chopin.

MADAME.- ¡Quia!, no lo crea usted... La culpa en estos casos es de la oficina de Turismo. Lo tiene todo muy bien organizado.

DIANA.- Cuando encendieron la luz de la cueva nos hicimos amigos... Comenzó a acompañarme. Por la noche paseábamos juntos por las afueras de Palma, por la orilla del mar. Eran unas noches de luna inolvidables... **(Sonríe.)** Madame, la luna no la prepara la oficina de Turismo.

MADAME.- Pero la aprovecha, hija mía. Son tremendos.

DIANA.- Yo no tuve valor para confesarle que era casada. Y cuando le tuve enamorado se me ocurrió... una locura. **(Calla de pronto.)** .

MADAME.- Diga...

DIANA.- Pensé que estaba en mis manos la ocasión de averiguar cómo era la sensación de engañar... Podría comprender así a mi marido, saber si el pecado de engañar daba tanta felicidad a quien engaña que merecía la pena perdonarle... Y me enamoré un poco de Guillermo.

MADAME.- ¡Diana!

DIANA.- Lo demás ya puede usted figurárselo. Volví de Mallorca. Guillermo se quedó en Barcelona. Mi marido me aguardaba más enamorado de mí que nunca...

MADAME.- **(Con curiosidad.)** ¿Le perdonó usted?

DIANA.- No... **(Con la cabeza más que con la voz.)** No pude. No merece la pena engañar. Es muy amargo y muy triste. **(Solloza.)** ¡¡Es horrible!!

MADAME.- ¡Diana!

DIANA.- Pero, qué pensará de mí, madame... ¡Dios mío, qué vergüenza! No puedo más.

(Y, toda sofocada, roja, escapa corriendo como una niña por donde entró. Aparece CRISTINA en el fondo, entre las cortinas.)

MADAME.- ¿Has oído?

CRISTINA.- Sí. ¡Qué mujer más extraña!

MADAME.- Es un ángel... Nunca sabrá ese hombre cuánto tesoro de amor hay en esa criatura.

CRISTINA.- ¿Qué hombre? ¿Cuál de los dos?

MADAME.- Ve... Acompáñala. No la dejes sola.

CRISTINA.- Descuida... Le daré *Lo que el viento se llevó*¹⁵. Y tan contenta.

(Sale tras de DIANA. PAULINA está sola. Anochece suavemente. MADAME enciende una pantalla sobre el piano. En el fondo, entre las cortinas, surge silenciosamente ADELA.)

ADELA.- **(Suave.)** Madame...

MADAME.- ¡Usted, al fin! Creí que no llegaba... Vamos, dígame pronto. ¿Qué sucedió anoche?

ADELA.- Nada... Una noche como todas... Mi marido llegó a casa al anochece. Durante la cena me preguntó, por cortesía, naturalmente, ¡como es tan correcto!, que dónde había pasado la tarde. Yo le dije lo que se dice siempre: de compras. Y le hizo gracia...

MADAME.- ¡Qué poco vulgar es su marido!

ADELA.- Luego me dijo... Eso sí fue algo extraño.

MADAME.- **(Interesada.)** Hable... ¿Qué fue?

ADELA.- Se me quedó mirando y me dijo: «Adela, si tú hubieras sentido alguna tarde la necesidad espiritual de pasear por la Rosaleda...».

MADAME.- ¡Oh!

ADELA.- Yo le pregunté que por qué precisamente por la Rosaleda. Y me contestó furioso que por la Rosaleda, por el Parque del Oeste o por la Ciudad Universitaria, que era igual. Pero que era preferible la Rosaleda... Yo no supe qué contestarle. Esta mañana salí temprano y fui a la Rosaleda. Pero, la verdad, madame, yo no le he encontrado nada de particular... ¿Qué significa esto, madame? ¿Lo adivina usted?

MADAME.- Adela, mi pobre Adela... Esto significa que estamos llegando al día más difícil de su matrimonio...

ADELA.- Madame, ¡no me asuste! ¿Mi marido tiene una amante?

MADAME.- No... Es muchísimo peor.

DIANA.- ¿Es que está enamorado de otra mujer?

MADAME.- Eso es posible, Adela...

ADELA.- **(Se tapa la cara con las manos.)** ¡Dios mío! ¡Pobre de mí!

MADAME.- ¡Adela!

ADELA.- ¡Qué horror! ¿Cómo lo ha sabido usted, madame?

MADAME.- Es mi secreto.

ADELA.- ¿La conoce usted?

MADAME.- Sí.

ADELA.- ¡Oh! ¿Es... bonita?

MADAME.- Es un sueño.

ADELA.- ¿No puede usted decirle la verdad?

MADAME.- ¿Qué verdad? ¿Que su marido no es un hombre libre? ¡Jamás! No quiero que ella comience su vida con una amargura, no quiero que su primera ilusión sea un desengaño que la haga aborrecer el amor, los hombres y la vida. ¡No quiero hacerla desgraciada! Eso, no. Es preciso obrar de otra manera. **(De pronto, pensativa.)** . Esta noche, si...

ADELA.- ¿Esta noche?

MADAME.- Sí, Adela, necesito que esta noche sea usted un poco actriz.

ADELA.- ¡Pobre de mí!

MADAME.- Por favor: no diga usted siempre «pobre de mí»... No le va. Esa frase no la usan más que las mujeres que consiguen siempre lo que quieren. Y usted no es de esas...

ADELA.- **(Triste.)** No, claro que no...

MADAME.- Esta noche, durante la cena, es preciso que se comporte usted como si estuviera muy preocupada...

ADELA.- Lo estoy. Saldrá bien...

MADAME.- Mejor... Al terminar le dice usted a su marido estas palabras: «Oye, no tengo más remedio que salir...».

ADELA.- **(Alarmadísima.)** ¡Pero, madame...! ¡Yo, sola! ¡Y de noche! No lo permitiré.

MADAME.- ¡Ojalá! Pero me temo que sí.

ADELA.- Sí, es posible. Tiene tanta confianza en mí...

MADAME.- Demasiada confianza... Me lo figuro. Los hombres son tan egoístas, que cuando se les acaba el amor por una mujer inventan lo de la confianza y se sienten más cómodos... Pero esta noche hay que destruir esa confianza. Aunque él se oponga, es necesario que usted salga sola...

ADELA.- ¡Madame!

MADAME.- Invente usted un pretexto, pero naturalmente que

se vea que es un pretexto... Una partida de «póker» con señoras solas. ¿Usted sabe mentir?

ADELA.- Nada...

MADAME.- Amiga mía, carece usted de toda preparación para la felicidad... De todas formas, esta noche conviene que se ponga usted un poco colorada para decir lo del «póker»...

ADELA.- ¡Me pondré! Estoy segura.

MADAME.- Luego se viste usted con el traje de noche más atrevido que tenga... Eso es. Y cuidado con el maquillaje. No se ponga usted demasiado guapa; que no parezca que va usted a una reunión de señoras: ya sabe usted que a las mujeres donde más nos gusta lucirnos es precisamente entre las mujeres... Arréglese usted discretamente, como para una cita íntima... Un poco de «rouge», nada más. Déle usted un beso y márchese...

ADELA.- (**Apuradísima.**) Pero, madame, ¿qué quiere usted que haga yo a las once de la noche, en la calle, y vestida con un traje largo?

MADAME.- Tome un taxi y venga usted aquí. Pasaremos la velada juntas, las dos solas.

ADELA.- ¡Ah!

MADAME.- ¿Comprende usted ahora? (**Cariñosa.**) Si su marido reacciona, es que la quiere, y volverá usted a ser dichosa. Si no, le ha perdido usted para siempre...

ADELA.- (**Emocionadísima.**) Sí, madame... Haré lo que usted me ha dicho. Sí, sí... Voy a prepararlo todo. Muchas gracias, madame.

MADAME.- Vaya usted... La espero.

ADELA.- Sí, sí. Procuraré no ponerme muy nerviosa... ¡Dios mío! Si pudiera ser...

(Y sale. MADAME, sola junto al piano, la ve marchar)

con una sonrisa.)

MADAME.- ¡Pobres mujeres!

(Luego, maquinalmente, sus manos sobre el teclado preludian la suave melodía del «Vals de las velas». Al cabo, entra LUCIANO. Llega hasta ella silenciosamente. Una pausa.)

LUCIANO.- ¿Qué música es ésta, madame? Es bonita...

MADAME.- Viejos recuerdos... En esta música está la otra vida de Paulina, que usted todavía no conoce...

LUCIANO.- Siga usted tocando, por favor... (MADAME sigue tocando mientras él habla.) Me gusta. Yo soy muy sentimental... Sobre todo esta tarde me siento terriblemente sentimental. Esto me ha pasado dos o tres veces en mi vida. Siempre que he empezado a enamorarme... Madame, me parece que me estoy enamorando... Madame, creo que estoy completamente enamorado de usted. Pero, siga usted tocando, por favor...

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

